

**DIEGO ANGULO ÍÑIGUEZ**

Catedrático de la Universidad de Madrid. De la Real Academia de la Historia

# HISTORIA DEL ARTE HISPANOAMERICANO

Los capítulos once a diecisiete

por

**ENRIQUE MARCO DORTA**

Catedrático de la Universidad de Sevilla

**TOMO I**

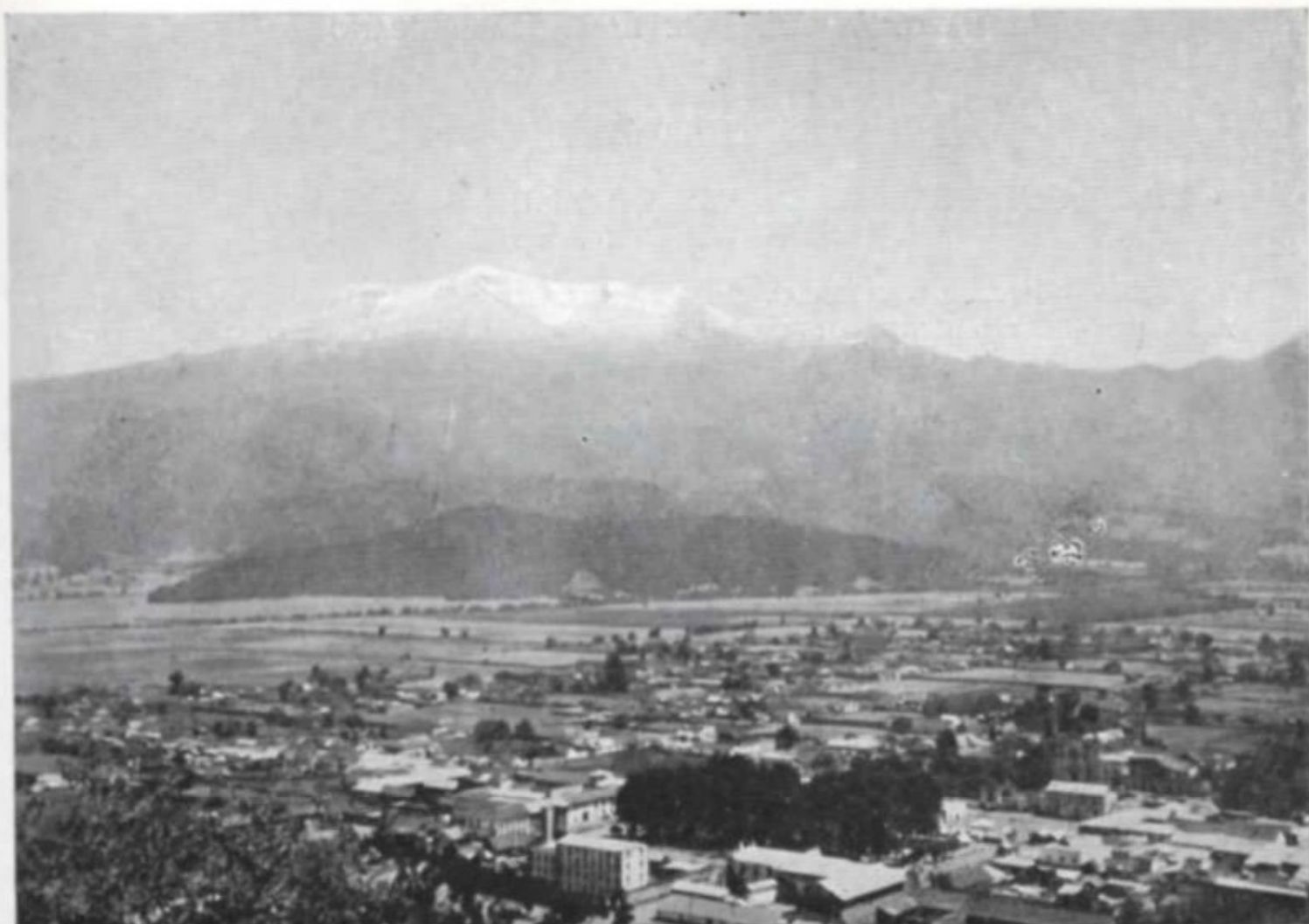


**SALVAT EDITORES, S. A.**

BARCELONA - MADRID

BUENOS AIRES - MÉXICO - CARACAS - RÍO DE JANEIRO

1955



El Iztaccihuatl visto desde el convento Amecameca, el retiro de Fray Martín de Valencia.

## INDICE DE CAPITULOS

### CAPITULO PRIMERO

#### EL ARTE PREHISPANICO

##### LA ARQUITECTURA Y LA DECORACIÓN - LA ESCULTURA

	<u>Pags.</u>
El templo mexicano . . . . .	4
La ciudad sagrada de Teotihuacán . . . . .	7
El templo mayor de Tenochtitlán . . . . .	9
Otros templos . . . . .	10
Yucatán: Palenque, Uxmal, Labná, Zayí. . . . .	14
Chichén-Itzá . . . . .	17
Mitla . . . . .	22
La decoración en México y América Central . . . . .	22
Arquitectura peruana . . . . .	31
El Cuzco: el Coricancha . . . . .	34
Ruinas de Tiahuanaco y Urcos . . . . .	37
Las fortalezas de Saxahuamán, Ollantaytambo, Machu Pichu y Pisac . . . . .	43
La arquitectura de la costa peruana: Moche, Chan-Chan . . . . .	46
Pachacamac . . . . .	48
La decoración peruana . . . . .	51
La escultura mexicana . . . . .	58
Estatuas . . . . .	60
Máscaras y representaciones de animales . . . . .	63
Relieves . . . . .	65
La escultura del Istmo y de Colombia . . . . .	70
La escultura peruana . . . . .	72

## CAPITULO II

LA ARQUITECTURA EN LAS ISLAS DE SANTO DOMINGO,  
PUERTO RICO Y JAMAICA

EL ESTILO GÓTICO - LA CATEDRAL - EL HOSPITAL DE SAN NICOLÁS - LA CASA DEL  
ALMIRANTE - EL RENACIMIENTO: PORTADAS Y CAPILLAS - LOS ARQUITECTOS - PUERTO  
RICO - JAMAICA - CURAZAO

	Págs.
La ciudad de Santo Domingo. . . . .	77
El gótico: la catedral. . . . .	83
El Hospital de San Nicolás . . . . .	91
→ Otros templos góticos. La influencia mudéjar . . . . .	95
La casa de don Diego Colón . . . . .	96
→ Patios mudéjares y casas góticas . . . . .	101
El Renacimiento. La portada de la catedral . . . . .	103
Capillas de la catedral. Otros monumentos renacentistas . . . . .	106
Los arquitectos: los compañeros de Alonso Rodríguez; Rodrigo de Liendo, Luis Moya . . . . .	110
Puerto Rico, Jamaica y Curazao . . . . .	113

## CAPITULO III

## LA ARQUITECTURA EN MEXICO

EL ESTILO GÓTICO - EL RENACIMIENTO - LAS INFLUENCIAS INDÍGENA Y MUDÉJAR -  
LAS ÓRDENES RELIGIOSAS Y LA ARQUITECTURA CONVENTUAL - EL TEMPLO - EL CON-  
VENTO - EL PATIO - CAPILLAS DE INDIOS Y «POSAS»

El paisaje mexicano . . . . .	119
El estilo gótico . . . . .	125
El Renacimiento . . . . .	129
La influencia indígena . . . . .	134
La influencia mudéjar . . . . .	140
Las Ordenes religiosas y la arquitectura conventual . . . . .	141
Los franciscanos . . . . .	149
Los agustinos y los dominicos . . . . .	153
Religiosos ilustres . . . . .	158
El templo . . . . .	165
El convento . . . . .	170
El patio . . . . .	173
Capillas de indios. . . . .	175
La capilla de los Naturales, de México y la Real de Cholula . . . . .	178
Otras capillas de indios . . . . .	183
«Posas» y cruces . . . . .	186
La «traza» moderada» del virrey Mendoza . . . . .	189

## CAPITULO IV

## LOS CONVENTOS DE MEXICO

CONVENTOS FRANCISCANOS DE PUEBLA Y TLAXCALA - CONVENTOS FRANCISCANOS Y  
DOMINICOS DEL VALLE DE MÉXICO - CONVENTOS FRANCISCANOS DE HIDALGO Y MI-  
CHOACÁN - CONVENTOS FRANCISCANOS DE YUCATÁN

Conventos franciscanos de Puebla y Tlaxcala . . . . .	195
El convento de Huejotzingo . . . . .	199
Otros conventos poblanos de cabecera ochavada: Cholula, Puebla y Huaquechula. . . . .	211
Conventos poblanos de cabecera plana: Calpan, Atlixco, Tepeaca, Tochimilco, Tecamachalco. . . . .	218
Tlaxcala y Tizatlán . . . . .	227

	Págs.
Conventos franciscanos de la región de México. Los de México, Texcoco, Xochimilco . . . . .	230
Conventos de dominicos del centro de México . . . . .	235
Conventos franciscanos del Estado de Hidalgo . . . . .	240
Conventos franciscanos de Michoacán. . . . .	247
Conventos franciscanos de Yucatán . . . . .	250

CAPITULO V

LOS CONVENTOS DE MEXICO

CONVENTOS AGUSTINIANOS DE MÉXICO, HIDALGO, MICHOACÁN Y MORELOS - CONVENTOS DOMINICOS DEL SUR DE MÉXICO Y DE LAS CIUDADES DE MÉXICO, OAXACA Y PUEBLA - TEMPLOS CONVENTUALES DE TIPO EXCEPCIONAL - CUBIERTAS DE MADERA, PILAS Y PÚLPITOS

Conventos agustinianos de México e Hidalgo . . . . .	259
Conventos agustinianos de Acolman, Actopan, Ixmiquilpan y Metztlán . . . . .	263
Conventos agustinianos de Michoacán: Tiripitío, Yuririapúndaro, Cuitzeo y Morelia . . . . .	270
Conventos agustinianos de Morelos: Yecapixtla, Atlatlahuacan, Totolapan, etc. . . . .	278
Conventos de dominicos de Oaxtepec, Yanhuialán, Cuilapan y Etla . . . . .	282
Templos de dominicos de México, Oaxaca y Puebla . . . . .	294
Templos conventuales de tres naves o con bóvedas renacentistas: Zacatlán, Tecali, San Francisco de Morelia, etc. . . . .	298
Armaduras y lazos moriscos . . . . .	306
Pilas y púlpitos . . . . .	309

CAPITULO VI

LOS CONVENTOS DE MEXICO

PORTADAS DE TIEMPOS DEL VIRREY MENDOZA - LAS DE INFLUENCIA INDÍGENA - PORTADAS DE TIEMPOS DEL VIRREY VELASCO - GRANDES PORTADAS AGUSTINIANAS - EL MAESTRO DE TZINTZUNTZAN - EL CLAROSCURISMO DEL ÚLTIMO CUARTO DE SIGLO - EL ESTILO HERRERIANO Y LAS LIBERTADES BARROCAS - LOS CLAUSTROS: LA COLUMNA Y EL ARCO - CLAUSTROS DE COLUMNAS - CLAUSTROS DE PILARES

Las portadas de tiempos del virrey Mendoza: Texcoco, Xochimilco, etc. . . . .	313
Acámbaro, Chimalhuacán, Uruapan, etc. . . . .	323
La influencia indígena: Tlanalapa, Otumba, Tepeapulco . . . . .	327
Santa María Tulpetlac, Tacuba, Tlalmanalco . . . . .	333
Las portadas de la época del virrey Velasco . . . . .	338
El maestro de la portada de Acolman y su escuela. Yuririapúndaro, Metztlán . . . . .	341
Ixmiquilpan, Cuitzeo, etc. El maestro de Tzintzuntzan . . . . .	351
El claroscurismo de fines de siglo: Actopan y Yanhuilán . . . . .	361
Tepeji, Tula, Cempoala, etc. Coixtlahuaca y Teposcolula . . . . .	367
Otras portadas. Influencias herrerianas. Libertades barrocas . . . . .	370
Los claustros: la columna y el arco . . . . .	378
Claustros de columnas. El de San Agustín Acolman y su escuela . . . . .	382
Claustros de pilares. Los de los dominicos de Oaxaca . . . . .	389

CAPITULO VII

LAS CATEDRALES DE MEXICO

LA CIUDAD DE MÉXICO - LA CATEDRAL DE MÉXICO

La ciudad de México . . . . .	393
La catedral vieja de México . . . . .	405
La construcción del templo actual . . . . .	408
La catedral: sus principales características . . . . .	412
Las trazas y los arquitectos . . . . .	416

## CAPITULO VIII

## LAS CATEDRALES DE MEXICO

LAS CATEDRALES DE PUEBLA, GUADALAJARA, MÉRIDA, OAXACA Y PÁTZCUARO

	Págs.
La ciudad de Puebla . . . . .	423
La catedral de Puebla . . . . .	425
Trazas y arquitectos . . . . .	429
La catedral de Guadalajara . . . . .	433
La catedral de Mérida . . . . .	436
Las catedrales de Oaxaca y Pátzcuaro . . . . .	445

## CAPITULO IX

## LA ARQUITECTURA CIVIL EN MEXICO

LA CASA DE CORTÉS EN CUERNAVACA - EDIFICIOS DE PUEBLA Y TLAXCALA - LA CASA DE MONTEJO EN MÉRIDA - LOS EDIFICIOS DE LA PLAZA MAYOR DE MÉXICO - HOSPITALES, FUENTES Y ACUEDUCTOS

La casa de Cortés y los edificios de Puebla y Tlaxcala . . . . .	456
La casa de Montejo en Mérida . . . . .	458
Edificios de la Plaza Mayor de México: la casa de Hernán Cortés . . . . .	461
Las Casas Reales y Arzobispales. Edificios de Guadalajara, Puebla, etc. . . . .	468
Hospitales, fuentes y acueductos . . . . .	474

## CAPITULO X

LA ARQUITECTURA EN CUBA  
Y LAS FORTIFICACIONES DEL MAR CARIBE

LA IGLESIA MAYOR DE LA HABANA - LOS PROYECTOS DE CATEDRAL DE JUAN DE LA TORRE - LAS FORTIFICACIONES Y EL INGENIERO ANTONELLI: SANTO DOMINGO, PUERTO RICO, SAN JUAN DE ULÚA Y VERACRUZ, HABANA Y FLORIDA

La ciudad de la Habana . . . . .	483
La iglesia mayor y los proyectos de catedral . . . . .	488
Las fortificaciones americanas y el ingeniero Antonelli . . . . .	494
Las fortificaciones de Puerto Rico y Santo Domingo . . . . .	500
Las fortificaciones de Veracruz . . . . .	502
Las Atarazanas de México. Bahía de Fonseca y Puerto de Caballos . . . . .	506
Las fortificaciones de la Habana . . . . .	507
Portobelo y Panamá: sus fortificaciones . . . . .	512
Ultimos años de Antonelli . . . . .	516

## CAPITULO XI

## LA ARQUITECTURA EN PANAMA, COLOMBIA Y VENEZUELA

PANAMÁ: LOS PRIMEROS ARQUITECTOS DE TIERRA FIRME - CONVENTOS DE COLOMBIA Y VENEZUELA - LOS CLAUSTROS COLOMBIANOS - CUBIERTAS MUDÉJARES - RETABLOS - SILLERÍAS DE CORO

Panamá: los primeros arquitectos de Tierra Firme . . . . .	519
Los conventos de Colombia: Santa Clara de Tunja . . . . .	524
Conventos dominicos . . . . .	527
Conventos franciscanos de Colombia y Venezuela . . . . .	532

	Págs.
Los claustros colombianos . . . . .	536
Cubiertas mudéjares . . . . .	541
Retablos. Sillerías de coro . . . . .	543

CAPITULO XII

**LAS CATEDRALES DE COLOMBIA**

LA CATEDRAL DE BOGOTÁ - LA IGLESIA MAYOR DE TUNJA - LA CATEDRAL DE CARTAGENA DE INDIAS

La catedral de Bogotá . . . . .	547
La iglesia mayor de Tunja . . . . .	550
La catedral de Cartagena de Indias. . . . .	554

CAPITULO XIII

**LA ARQUITECTURA CIVIL Y MILITAR EN COLOMBIA**

LAS CASAS DE TUNJA - CARTAGENA DE INDIAS: MONUMENTOS CIVILES DEL SIGLO XVI - LA ARQUITECTURA MILITAR EN LAS COSTAS SUDAMERICANAS DEL CARIBE - BAUTISTA ANTONELLI

Las casas de Tunja: los patios . . . . .	563
Las casas de Tunja: las portadas . . . . .	567
Cartagena de Indias: edificios civiles . . . . .	570
Las fortificaciones de Cartagena de Indias . . . . .	578
Los fuertes de Santa Marta . . . . .	584

CAPITULO XIV

**LA ARQUITECTURA EN EL ECUADOR**

EL ARTE QUITEÑO - LA CATEDRAL DE QUITO - LOS CONVENTOS DE SAN FRANCISCO, SANTO DOMINGO Y SAN AGUSTÍN - LOS ESTILOS DEL RENACIMIENTO - EL PLATERESCO - LA FACHADA DE SAN FRANCISCO

El arte quiteño . . . . .	589
La catedral de Quito . . . . .	594
El convento de San Francisco . . . . .	598
Santo Domingo y San Agustín . . . . .	602
La evolución del Renacimiento. El Plateresco . . . . .	605
La fachada de San Francisco . . . . .	611

CAPITULO XV

**LA ARQUITECTURA EN EL PERU**

EL ESTILO GÓTICO: SANTO DOMINGO DE LIMA; LAS IGLESIAS DE SAÑA Y GUADALUPE - EL RENACIMIENTO: AYACUCHO - LAS IGLESIAS DEL COLLAO: PAUCARCOLLA, CHUCUITO, JULI Y ÁCORA - LAS PORTADAS: SANTO DOMINGO DEL CUZCO

El estilo gótico . . . . .	617
Saña y Guadalupe . . . . .	621
El Renacimiento: Ayacucho . . . . .	628
Las iglesias del Collao. Paucarcolla . . . . .	630
Chucuito, Juli y Acora . . . . .	636
Las portadas, Santo Domingo del Cuzco . . . . .	639

## CAPITULO XVI

## LA ARQUITECTURA EN EL PERU Y EN BOLIVIA

IGLESIAS PERUANAS DEL RENACIMIENTO - IGLESIAS CON CUBIERTAS MUDÉJARES - RETABLOS Y ARTESONADOS - CLAUSTROS Y PATIOS

	Págs.
Iglesias peruanas del Renacimiento . . . . .	649
Iglesias con cubiertas mudéjares . . . . .	654
Retablos y artesonados . . . . .	663
Claustros y patios. . . . .	667

## CAPITULO XVII

## LAS CATEDRALES PERUANAS - ARQUITECTURA CIVIL

LA CIUDAD DE LOS REYES EN EL SIGLO XVI - LA CATEDRAL DE LIMA - «LA GRAN CIUDAD DEL CUZCO» - LA CATEDRAL - ARQUITECTURA CIVIL CUZQUEÑA

La ciudad de los Reyes . . . . .	675
La catedral de Lima . . . . .	680
«La gran ciudad del Cuzco» . . . . .	689
La catedral del Cuzco . . . . .	695
Arquitectura civil cuzqueña . . . . .	702



Iglesia de San Juan de Dios, hoy Museo Arqueológico. MÉRIDA.



FIG. 1. — Pirámide del Sol. TEOTIHUACÁN.

## CAPITULO PRIMERO

# EL ARTE PREHISPANICO

### LA ARQUITECTURA Y LA DECORACIÓN - LA ESCULTURA

Muchos siglos antes de que los españoles desembarcasen, había producido América una rica serie de estilos artísticos. No pocas de sus creaciones, a veces tan gigantescas como las de Egipto o Mesopotamia, y de la más exquisita calidad, yacían en el olvido, abandonadas unas y sepultadas o desfiguradas otras, bajo monumentos de generaciones posteriores. Los españoles no se establecieron en tierras artísticamente vírgenes. Algunas de esas regiones, como México, América Central, Perú y Bolivia, ofrecieron a la admiración de los conquistadores grandes edificios de primer orden, y casi todas en sus vasijas, telas y joyas, un cúmulo maravilloso de temas decorativos, para ellos, de la mayor novedad. Ante los artistas peninsulares surgía un nuevo mundo de formas que debió de contribuir a la creación del arte hispanoamericano, y que, por tanto, precisa conocer.

Consagrado este volumen a la arquitectura hispanoamericana del siglo XVI, se dedica el primer capítulo al estudio de la arquitectura, de la decoración y, en menor grado, de la escultura prehispánicas, esto



es, a aquellas manifestaciones artísticas que más directamente pudieron influir en los arquitectos coloniales. La difusión de las nuevas creencias religiosas, que indudablemente obligaba a borrar, lo antes posible, en la memoria de los indígenas, el recuerdo de sus antiguos dioses, es decir, sus representaciones escultóricas, permitía ser en cambio más indulgente con las formas arquitectónicas y decorativas. No debe verse, sin embargo, en este capítulo, y no quiero dejar de insistir en ello, un resumen de la historia del arte prehispánico, sino un comentario de sus principales creaciones, en cuanto pudieron ser

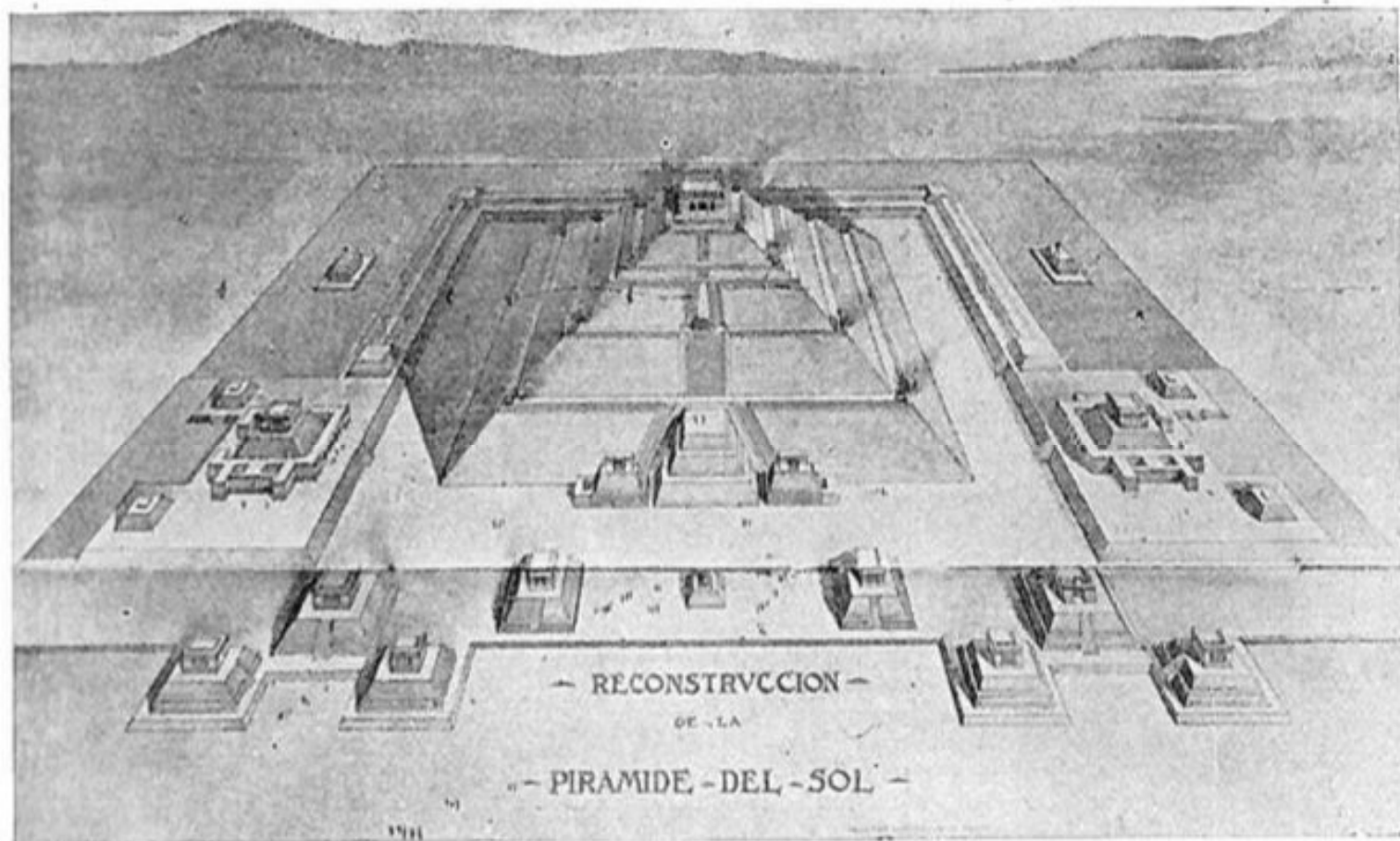


FIG. 2. — Reconstrucción del templo del Sol. TEOTIHUACÁN.

fuente de inspiración para los viejos arquitectos españoles o hispano-americanos, prescindieron de los innumerables problemas de orden históricoartístico de que tan henchida se encuentra esta obsesionante rama de la Historia del Arte. Lo que importa considerar en él es esa serie de nuevas formas con que debió enfrentarse el arte español. Destinado, sin embargo, principalmente al público europeo, el lector americano de cierta cultura artística puede prescindir de él y comenzar por el capítulo segundo.

Las dos grandes escuelas artísticas existentes en América, con anterioridad a la llegada de los españoles, radicaban en México y en el Perú.

La arquitectura de México y de América Central, aunque emplee el adobe en sus grandes construcciones monumentales, es arquitectura de cantería. Su soporte preferido es el pilar; la columna, cuando la usa con cierta constancia, como sucede en Yucatán, es gruesa,

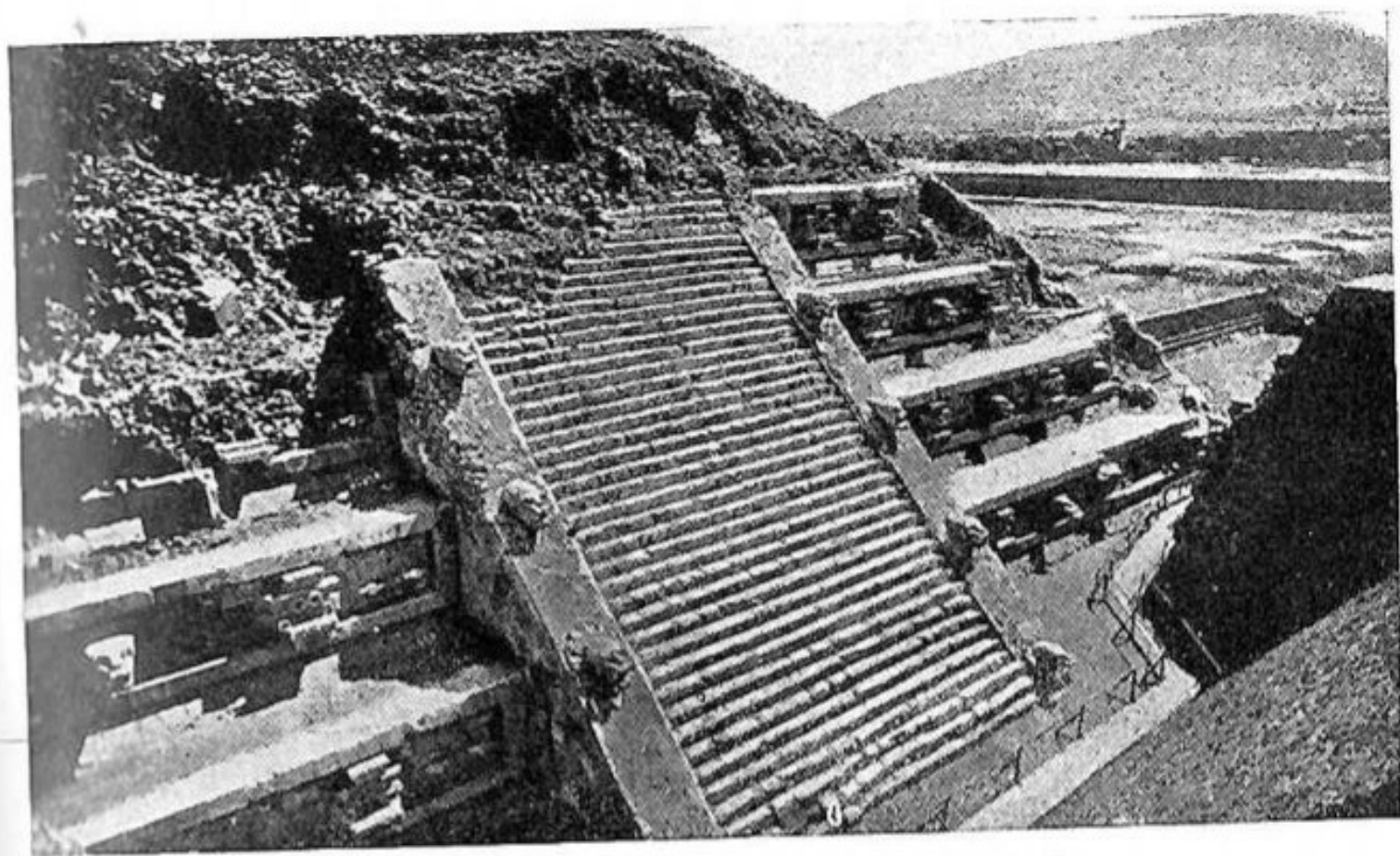


FIG. 3. — Templo de Quetzalcoatl. TEOTIHUACÁN.

baja y sin más capitel que una pieza lisa, idéntica al ábaco clásico. Desconoce la cubierta abovedada, y tan sólo llega a construir por el avance progresivo de los sillares una bóveda falsa de intradós rectilíneo, o ligeramente curvo. Las molduras suelen estar formadas por planos rectos, y, en general, son bastante sencillas.

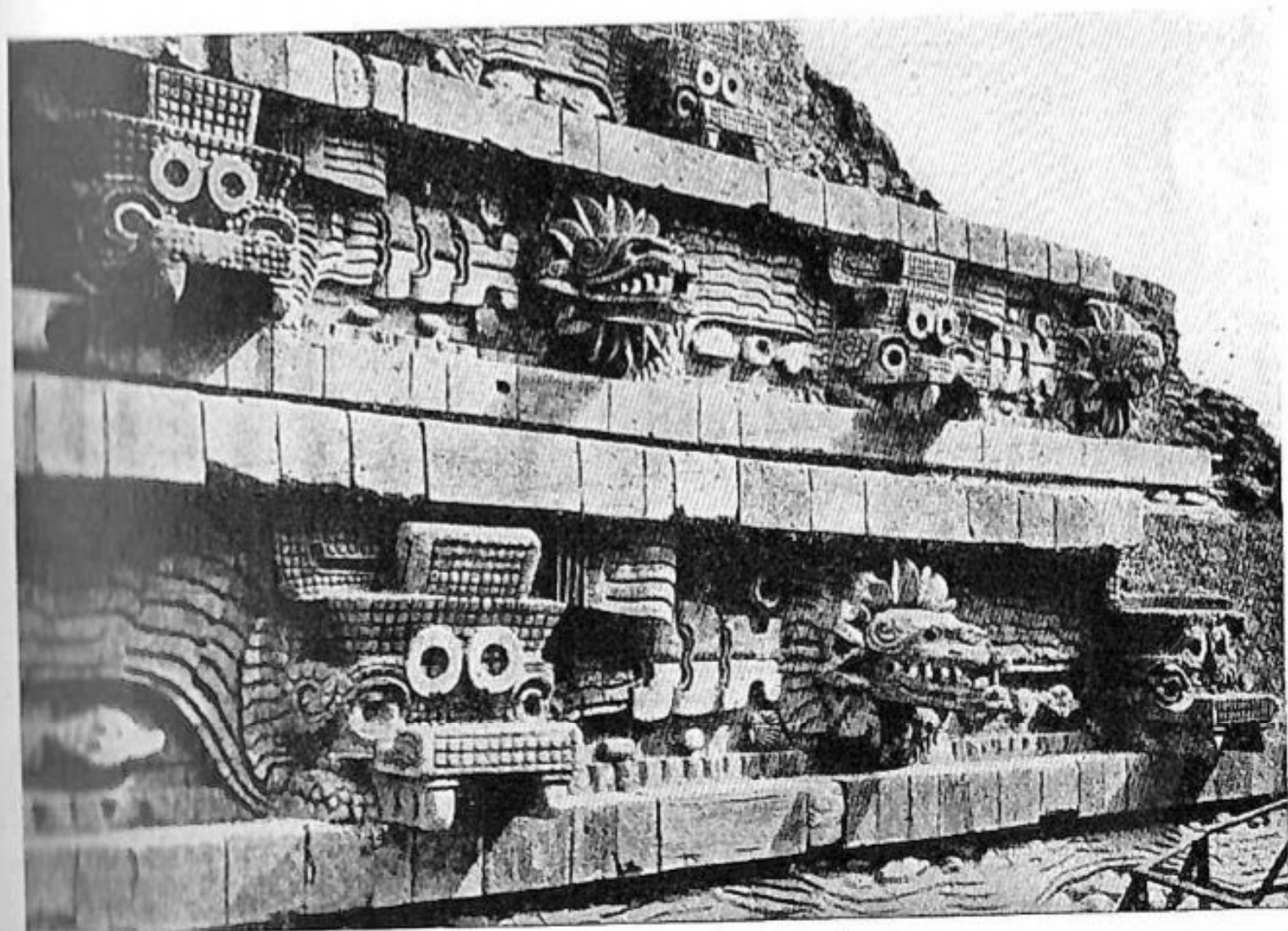


FIG. 4. — Templo de Quetzalcoatl. TEOTIHUACÁN.

El templo mexicano. — El monumento en que la arquitectura mexicana adquiere su especial fisonomía es el templo. Su estructura no ofrece complicaciones interiores, de patios y galerías; no se presta a ricos efectos de claroscuro con luces cenitales y laterales, que obli-

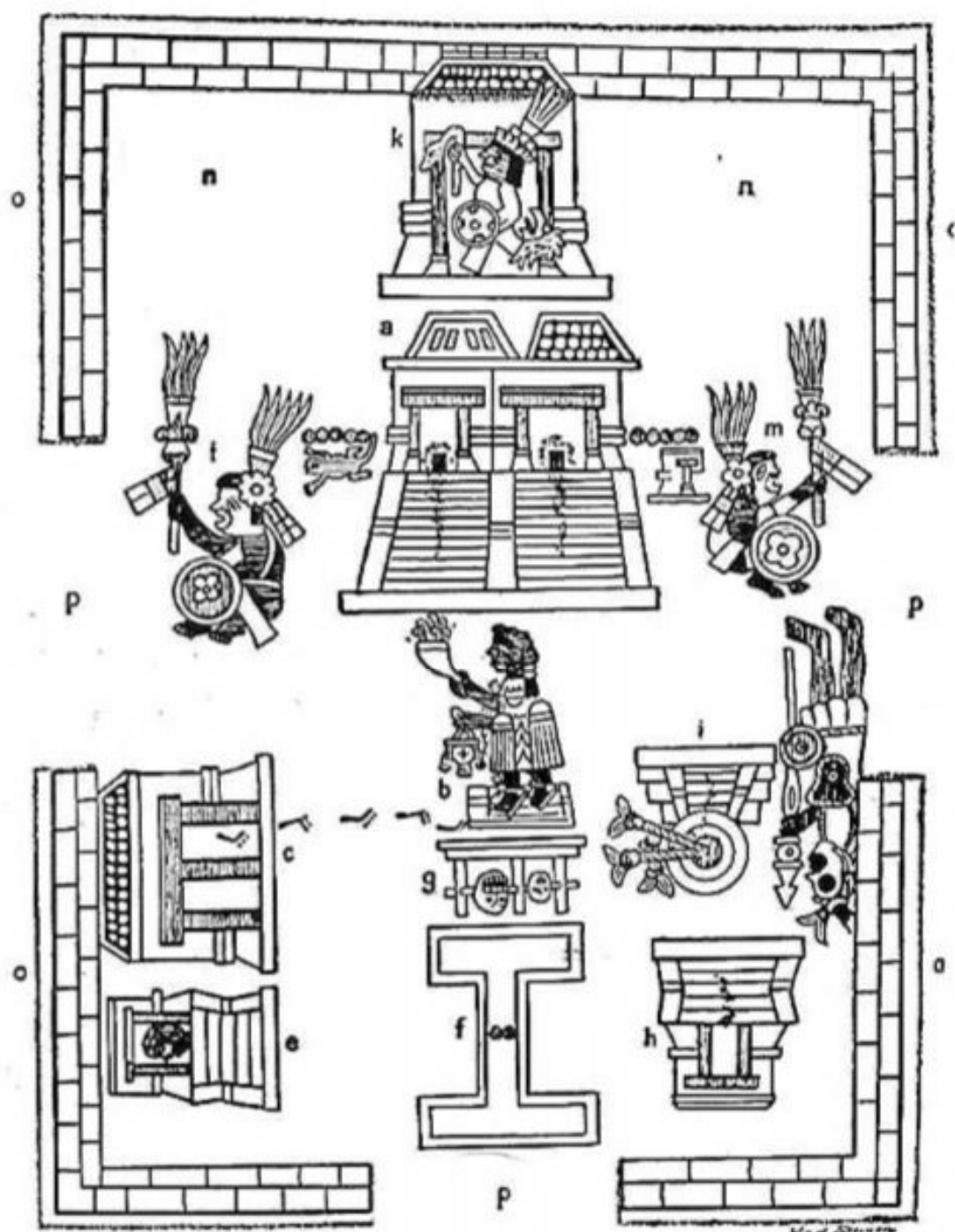


FIG. 5. — Templo mayor de México, según Bernardino de Sahagún.

guen al arquitecto a preocuparse de la distribución de vanos y macizos. Su arquitectura es, por el contrario, de grandes masas, generalmente lisas. Con sus sencillos contrastes de luces y sombras aspira más a producir el efecto de lo gigantesco, imponiéndose por el volumen, que a seducir por la elegancia y por la belleza de las proporciones de sus diversas partes.

Como las principales ceremonias del culto se desarrollaban a cielo abierto, la parte cubierta del templo se reduce fundamentalmente a la habitación de la divinidad; los fieles permanecían al aire libre. El templo está constituido por unos patios enormes formados por varias terrazas de escasa altura y gran superficie, sobre las cuales se levantan las pirámides que sirven a su vez de pedestal a la pequeña ca-

pilla. Reunido el pueblo en el patio, contemplaba las ceremonias que se celebraban en la plataforma de la pirámide habitada por el dios, y en que se encontraba el «techcatl» o altar donde tenía efecto el sacrificio de la víctima, cuyo cuerpo era arrojado después por la escalera (figs. 1 a 3).

La parte más importante del templo constaba, pues, de la pirámide, de grandes dimensiones, y de la capilla, que, en relación con ella, siempre era pequeña, y a la que se ascendía por amplia escalera de menudas gradas.

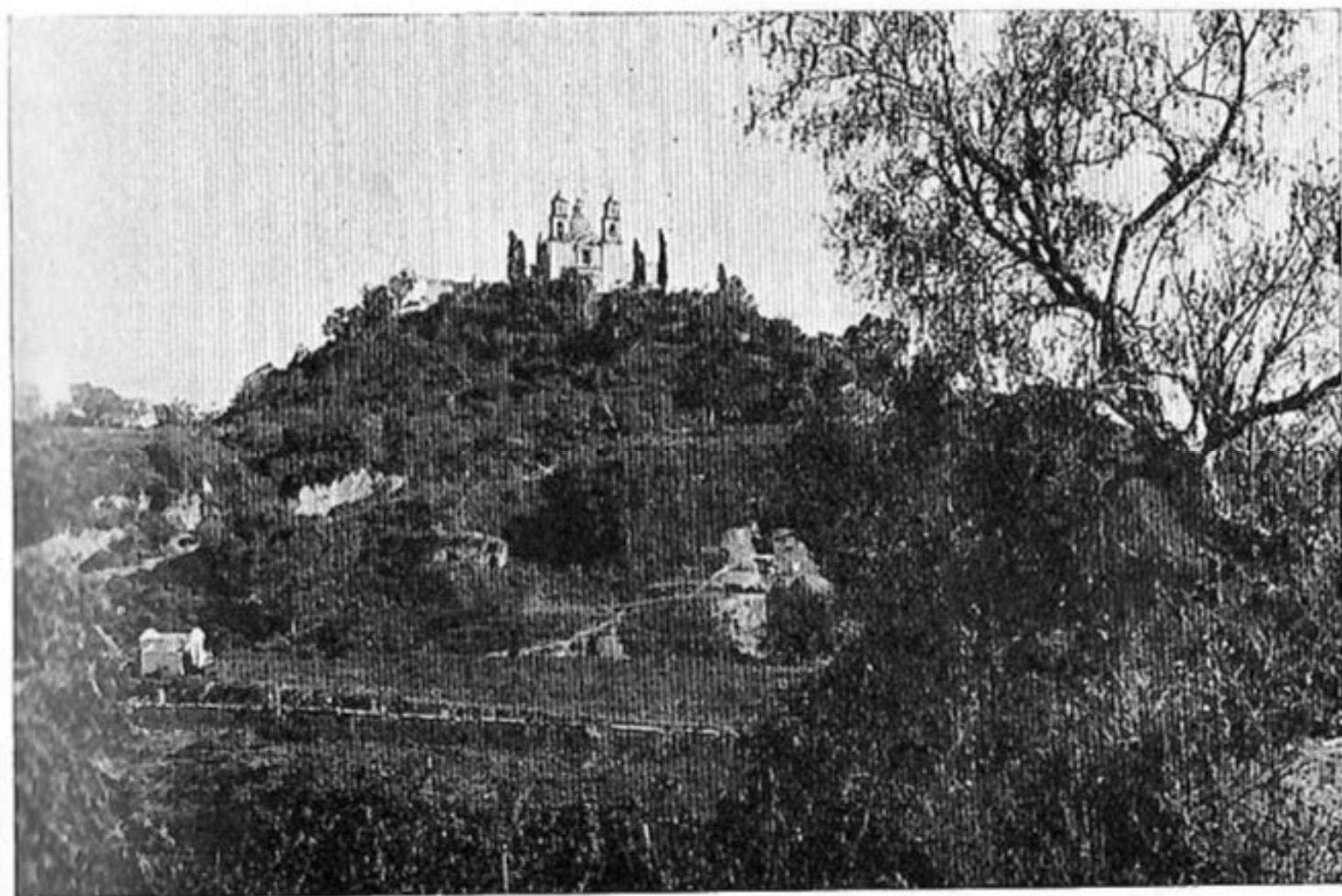


FIG. 6. — Pirámide de Cholula.

La pirámide adopta diversas formas, desde la simplemente escalonada o de paredes lisas, hasta la que interrumpe su perfil oblicuo por medio de una serie de estrechos cuerpos o tableros verticales, decorados alguna vez incluso con filas de nichos. Este sistema de interrumpir la oblicuidad de la pirámide con tableros verticales llega en ciertos monumentos mayas a crear verdaderas fachadas con pórticos que contribuyen poderosamente a disimular la forma de la pirámide originaria. Otras veces la flanquean pórticos que, por excepción, forman parte integrante de ella, como sucede en el templo de los Guerreros de Chichén-Itzá.

La escalera, cuando es doble, como es frecuente en los templos aztecas, responde a la existencia de dos capillas en la terraza. La capilla, sin embargo, es casi siempre única, aunque no faltan monumentos que presentan varias dispuestas en fila. Su planta es, por lo general, rectangular, y en la región maya consta de dos o tres crujeas

Arquitectura peruana. — De la arquitectura del Perú estamos mucho peor informados que de la mexicana. El número de monumentos importantes conocidos es demasiado escaso para que se puedan trazar con cierta seguridad los rasgos generales de sus diversos tipos, y tampoco poseemos conjuntos equiparables a los de Chichén-Itzá y Teotihuacán. Las edificaciones de verdadero carácter monumental tienen por centro el Perú, y sólo se extienden por el Norte hasta el Ecuador y por el Sudeste hasta parte de Bolivia. En el resto de Amé-



FIG. 35. — Muro incaico. Cuzco.

rica del Sur, la influencia del arte autóctono en los conquistadores no pudo verificarse sino en la decoración a través de las artes industriales.

En la arquitectura peruana se advierte con facilidad la existencia de dos regiones artísticas claramente diferenciadas, que responden a la geografía del país: la región de las tierras altas de los Andes, con el lago Titicaca y el Cuzco por centros principales, que emplean la piedra, y la de la costa, que da preferencia al adobe, y cuyos monumentos más importantes se encuentran en tierras de Trujillo y Lima. Cuando en la meseta se usa el adobe, es sobre cierto número de hileras de piedra, en los muros interiores, o revestidos al exterior con este material, y cuando los señores del Cuzco llegan a la región costera le dan formas cúbicas, como queriendo recordar los sillares.

Los maestros cuzqueños son excelentes canteros. En ninguna parte de América se acarició el paramento del sillar y se labraron sus uniones con mayor esmero. Si no poseyéramos espléndidos ejemplares que tan alto ponen el nombre de los canteros incaicos, los textos de los cronistas del siglo XVI lo acreditarían cumplidamente. Es raro que se refieran a algún monumento prehispánico y no encarezcan con el mayor entusiasmo lo pulido del paramento de sus muros y lo perfec-

to de las uniones de sus sillares. Garcilaso nos dice que los edificios reales «fueron en extremo pulidos, de cantería maravillosamente labrada, tan ajustadas las piedras unas con otras que no admiten mezcla; y, aunque es verdad que se la echaban, era de un barro colorado (que en su lengua llaman lanac allpa, pues es barro pegajoso), hecho leche, del cual barro no quedaba señal ninguna entre las piedras; por lo cual dicen los españoles que labraban sin mezcla». Al



FIG. 36. — Puerta. TIAHUANACO.

referirse a la magnitud de los piedras empladas en la fortaleza del Cuzco, advierte que «muchas de ellas están tan ajustadas que apenas se aparece la juntura». El padre Acosta consigna que «apenas se ve la juntura de las unas con las otras» y que están «las casas hechas de piedra pura, con tan lindas junturas que ilustra la antigüedad del edificio».

En cuanto a las dimensiones de las piedras y a su aparejo, puede decirse que construyen desde verdaderos muros megalíticos, de aspecto ciclópeo, hasta la obra de sillería isódoma. Con frecuencia, en el deseo de aprovechar en lo posible todo el tamaño de la piedra, la labran en forma irregular, incluso con ángulos entrantes; la llamada de los «Doce ángulos», de la calle del Inca Rocca del Cuzco, es buena prueba de los extremos a que llegan en este sentido (fig. 35). Su tamaño es a veces tan colosal, que sólo a costa de enormes sacrificios

podieron trasladarlas, y no falta alguna, como la famosa «Piedra cansada», que mereció ya especial recuerdo por parte de los cronistas del siglo XVI. A pesar de la habilidad para pulir el paramento de los sillares, lo más frecuente, sin embargo, es que no se preocupen de la horizontalidad de sus uniones; incluso cuando esas uniones están dispuestas por hiladas, a veces, lejos de ser rectilíneas, describen ligeras



FIG. 37.—Ruinas del Calasasaya. TIAHUANACO.

ondulaciones. La cara anterior del sillar, por otra parte, tampoco suele ser completamente plana, sino levemente convexa, con lo cual se consigue producir en el paramento un suave almohadillado de tenue clarooscuro.

Lo mismo que el resto de América, el Perú prehispánico no llega a descubrir el arco. Existe, sin embargo, la tendencia a construir los vanos en forma trapezoidal, como en el arte prehelénico, para disminuir el tamaño del dintel, y a labrarlos, a veces, muy abocinados, y generalmente sin molduras de ninguna especie. En una puerta de

las ruinas de Tiahuanaco, esa decoración se reduce a un sencillísimo rehundimiento. La cubierta debió de ser casi siempre de madera, pero ignoramos en qué medida contribuía con su estructura a la decoración de la parte superior del muro. De todos modos, a juzgar por los monumentos conocidos, no parece haber originado formas decorativas en el muro mismo, como en la arquitectura clásica, o en Yucatán.

Los monumentos construidos en la región del lago Titicaca y en la del Cuzco son principalmente templos y fortalezas. La arquitectura militar, que entre los aztecas careció de importancia, en las comarcas altas del Perú, la patria de los Incas, adquiere excepcional desarrollo. El templo mismo, en que se rendía culto al Sol, cuando se levantaba en un pueblo conquistado era otra manifestación de la soberanía incaica.



FIG. 38. — Chulpa de la región del Titicaca.

Manco Capac... y porque era casa y corte de los Incas sus dioses; ...si dos indios de igual condición se topaban en los caminos, el uno que fuese del Cuzco y el otro que viniese a él, el que iba era respetado y acatado del que venía, como superior del inferior, sólo por haber estado e ir de la ciudad, cuanto más si era vecino della, y mucho más si era natural.»

Del gran templo del Sol, el Coricancha o recinto dorado, convertido desde los días de la conquista en monasterio de Santo Domingo, sólo se conservan algunos muros y las descripciones de los cronistas. A ellas hay que atenerse para conocer sus diversos departamentos. La más circunstanciada es la del ya citado Inca Garcilaso, el simpático escritor por cuyas venas corría la sangre del marqués de Santi-

El Cuzco: El Coricancha. — Los templos más importantes se encontraban en el Cuzco, la capital del Imperio incaico y la ciudad santa de la gran nación prehispánica. «Uno de los principales ídolos que los reyes Incas y sus vasallos tenían — nos dice en el siglo XVI el Inca Garcilaso — fue la misma imperial ciudad del Cuzco, que la adoraban los indios como a cosa sagrada, por haberla fundado el primer Inca





FIG. 39. — Vista parcial de la fortaleza de Saxahuamán. Cuzco.

llana y de Manco Capac, y en cuyo corazón, sinceramente cristiano, luchaba su fe con la deslumbrante gloria de sus abuelos maternos y la desgraciada vida de su pobre madre.

«El aposento del Sol era lo que es la iglesia del divino Santo Domingo», escribe a fines de siglo. «Es labrada de cantería llana muy prima y pulida. El altar mayor estaba al Oriente. La techumbre era de madera muy alta, porque tiene mucha corriente; la cobija fue de paja, porque no alcanzaron a hacer teja. Todas las cuatro paredes del templo estaban cubiertas de arriba abajo de planchas y tablones de oro. En el testero, que llamamos altar mayor, tenían puesta la figura del Sol, hecha en una plancha de oro, el doble más gruesa que las



FIG. 40. — Ruinas. Urcos.

otras planchas que cubrían las paredes... A un lado y otro de la imagen del Sol estaban los cuerpos de los reyes muertos, puestos por su antigüedad, como hijos de ese Sol, embalsamados que no se sabe cómo parecían estar vivos; estaban asentados en sus sillas de oro, puestas sobre los tablones de oro en que solían asentarse... Pasado el templo había un claustro de cuatro lienzos; el uno dellos era el lienzo del templo. Por todo lo alto del dicho claustro había un azanefa de un tablón de oro de algo más de una vara de ancho, el cual servía de corona al dicho claustro...»

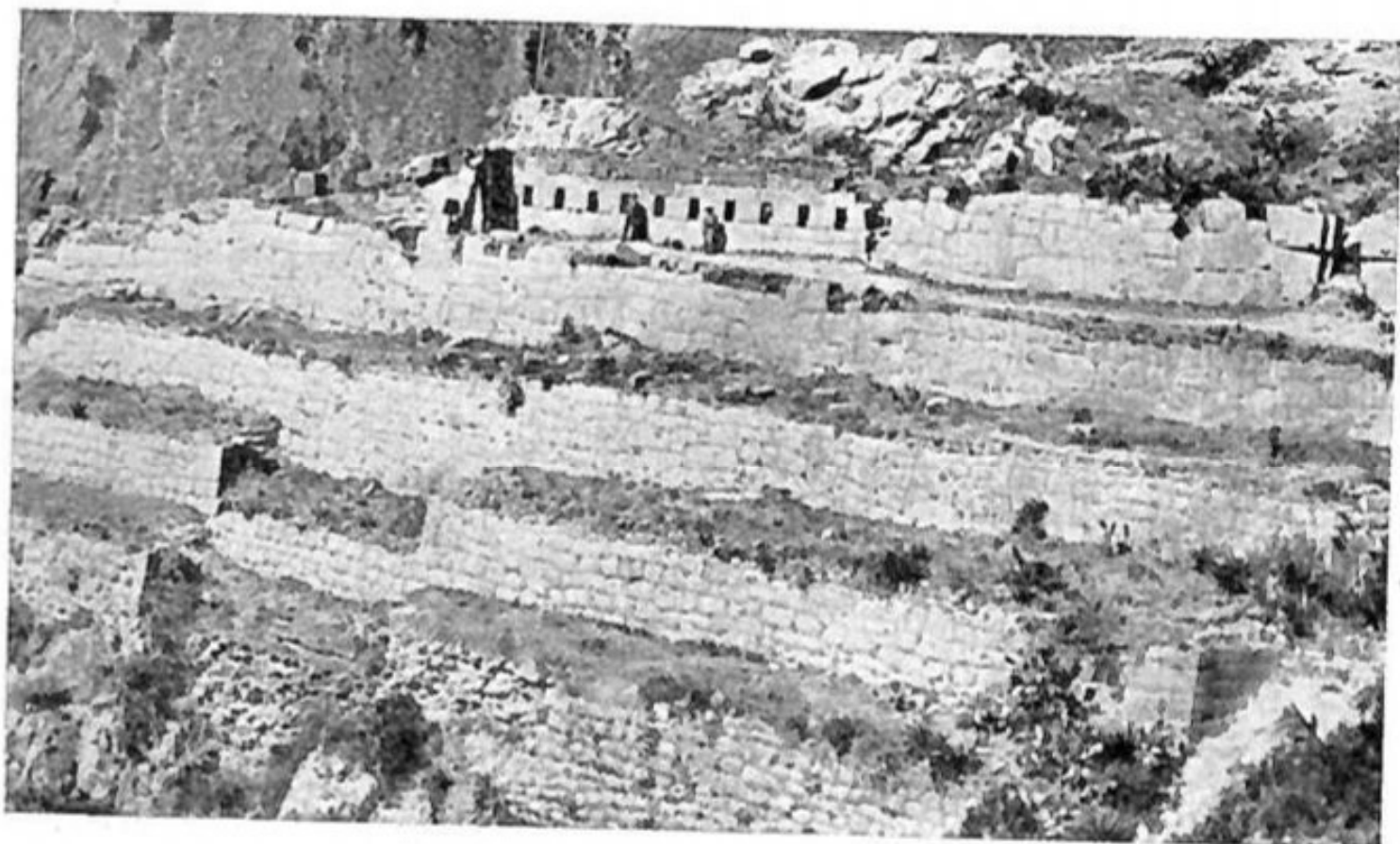


FIG. 41.—Fortaleza de Ollantaytambo.

«Alrededor del claustro había cinco cuadras o aposentos grandes cuadrados cada uno por sí, no trabados con otros, cubiertos en forma de pirámides, de los cuales se hacían los tres lienzos del claustro.»

«La una cuadra de aquéllas estaba dedicada para aposento de la Luna, mujer del Sol...; toda ella y sus puertas estaban aferradas con tablones de plata, porque por el color blanco vieses era aposento de la Luna; teniendo puesta su imagen y retrato como el Sol, hecho y pintado con rostro de mujer en un tablón de plata... A una mano y a otra de la figura de la Luna estaban los cuerpos de las reinas difuntas, puestas por orden de antigüedad.»

Otros aposentos estaban dedicados a la estrella Venus, a la que daban el nombre de «Chasca, que quería decir de cabellos largos y crespos»; a las estrellas, que «denían por criadas de la Luna» y cuyo santuario, como el de ésta, se encontraba cubierto de plata; a Illapa, encarnación de las potencias cósmicas: el relámpago, el trueno y el rayo, así como también había uno en que se rendía culto al arco iris.

Inmediato al templo se encontraba el Jardín de oro. La huerta del convento de Santo Domingo, según Garcilaso, «era en tiempo de los Incas jardín de oro y plata, como lo había en las casas reales de los reyes, donde había muchas yerbas y flores de diversas partes, muchas plantas menores, muchos árboles mayores, muchos animales chicos y grandes, bravos y domésticos, y sabandijas de las que van arrastrando, como culebras, lagartos, lagartijas y caracoles, mariposas y pájaros, y otras aves mayores del aire, cada cosa puesta en el



FIG. 42.—Fortaleza de Saxahuamán. Cuzco.

lugar que más al propio contrahiciesse a la natural que remedaba. Había un gran maizal, y la semilla que llaman quinua, y otras legumbres y árboles frutales con su fruta toda oro y plata, contrahecho al natural».

De este viejo templo de Inti, el dios Sol, cuyo nombre sólo podía pronunciar su hijo el Inca, descrito por Garcilaso y construido con la mayor magnificencia por el gran Pachacutec Yupanqui, únicamente existen algunos muros, entre ellos el de forma curva del santuario mismo del dios. En la parte del patio todavía puede verse alguna sala.

**Ruinas de Tiahuanaco y Urcos.** — Los restantes santuarios de las tierras altas del Perú no se conservan mejor que el Coricancha. El más famoso de todos, por su importancia arqueológica y por sus recuerdos históricos, es el de Tiahuanaco, cuyas interesantes y solitarias ruinas se levantan aún en el desolado paisaje del lago Titicaca,

a más de cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar (figuras 36, 37 y 63). Tiahuanaco era un lugar rico en sagrados recuerdos. Con aquellos lugares inmediatos al gran lago, estaba ligada la historia de Viracocha, el dios supremo, espíritu de la bruma del lago, ser abstracto y creador, del cual el Sol era la manifestación material, y que en la costa recibe el nombre de Pachacamac. Padre de los Incas, se apareció al joven príncipe Hatun Tupac, el después gran emperador Viracocha Inca, para defender la ciudad del Cuzco, amenazada por

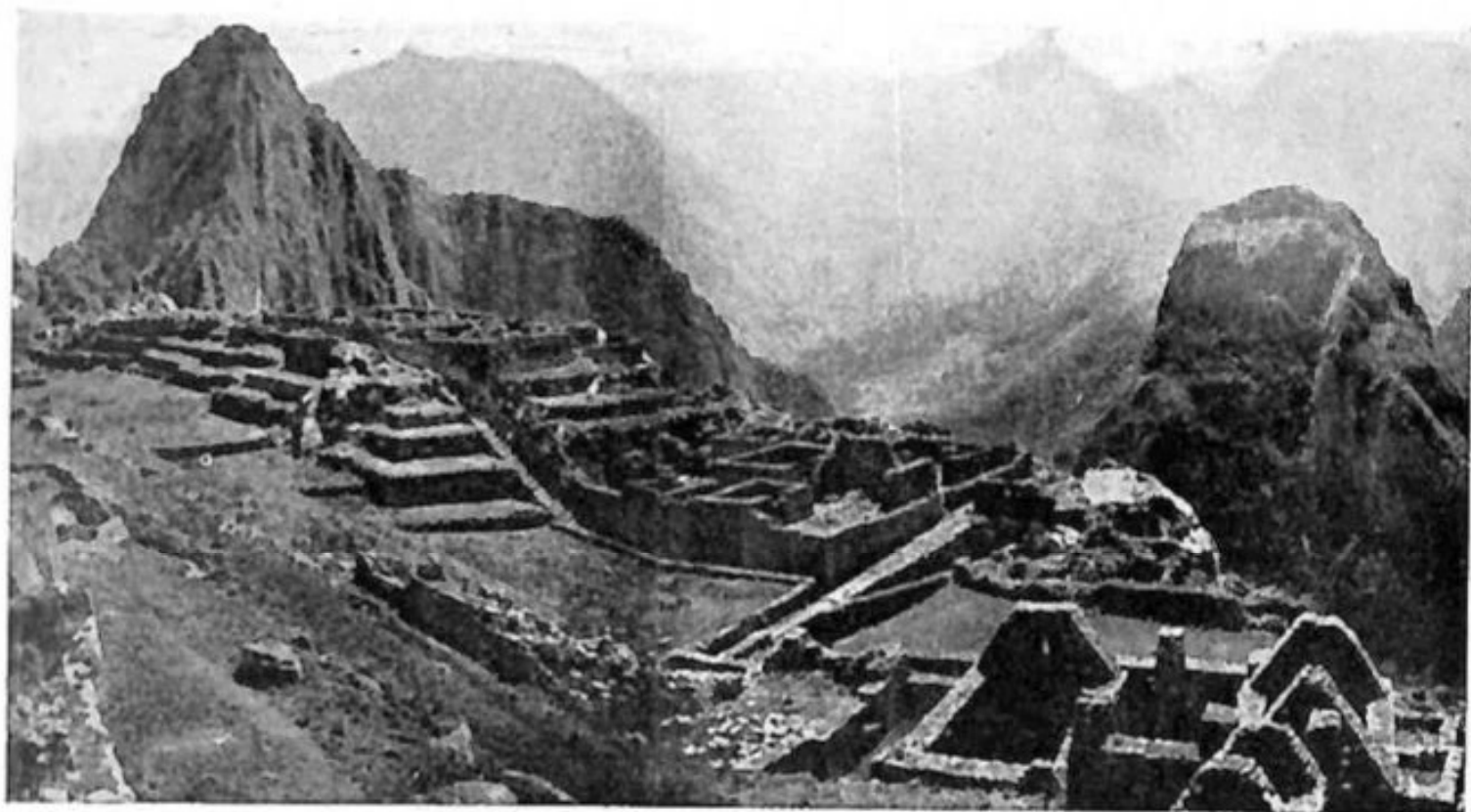


FIG. 43. — Ruinas de Machu Pichu.

los chancas. En una isla del vecino lago habían nacido, por voluntad del Sol, el primer Inca, el legendario Manco Capac y la primera reina, la Coya (reina) Mama Ocllo, y de allí partieron con su cetro de oro para fundar el Cuzco. En realidad, en toda la comarca del lago Titicaca abundan las ruinas, testimonios mudos de una importante civilización, todavía envuelta en el misterio, y cuyo conjunto monumental más importante es el de Tiahuanaco.

Los edificios de Tiahuanaco llamaron ya intensamente la atención de los primeros cronistas y viajeros españoles. Antes de mediar el siglo XVI, nos dice Pedro de Cieza de León: «que Tiaguanaco no es un pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene, que cierto son cosa notable y para ver. Cerca de los aposentos principales está un collado hecho a mano, armado sobre grandes cimientos de piedra. Más adelante deste cerro están dos ídolos de piedra de talla y figura humana, muy primorosamente hechos y formadas las facciones, tanto que parece que se hicieron por mano de grandes artífices o maestros; son tan grandes que parecen pequeños gigantes, y vese que tienen forma de vestimentas largas, diferenciadas de las que vemos a los naturales de estas provincias; en las cabezas pa-

resce tener su ornamento. Cerca destas estatuas de piedra está otro edificio. De presente no se ve más que una muralla muy bien obrada y que debe de haber muchos tiempos y edades que se hizo; algunas de las piedras están muy gastadas y consumidas, y en esta parte hay piedras tan grandes y crecidas que causa admiración pensar cómo siendo de tanta grandeza bastaron fuerzas humanas a las traer donde las vemos; junto a la muralla hay muchos huecos y concavidades debajo tierra; en otro lugar más hacia el poniente deste edificio están otras mayores antiguallas, porque hay muchas portadas grandes con



FIG. 44.—Ruinas de la fortaleza de Pisac.

sus quicios, umbrales y portales, todo de una sola piedra. Lo que ya más noté, cuando anduve mirando y escribiendo estas cosas, fue que destas portadas tan grandes salían otras mayores piedras, sobre que estaban formadas, de las cuales tenían algunas treinta pies de ancho, y de largo quince y más, y de frente seis, y esto y la portada y sus quicios y umbrales era una sola piedra, que es cosa de mucha grandeza, bien considerada esta obra, la cual yo no alcanzo ni entiendo con qué instrumentos y herramientas se labró, porque bien se puede tener que antes que estas tan grandes piedras se labrasen ni pusiesen en perfección mucho mayores debían estar para las dejar como las vemos, y notaré por lo que se ve destes edificios que no se acabaron de hacer, porque en ellos no hay más que estas portadas y otras piedras de extraña grandeza, que yo vi labradas algunas y aderezadas para poner en el edificio, del cual estaba algo desviado un retrete pequeño, donde está puesto un gran ídolo de piedra en que debían

de adorar... Otras cosas hay más que decir de Tiaguanaco que paso por no detenerme, concluyendo que yo para mí tengo esta antigua-lla por la más antigua de todo el Perú; y así, se tiene que antes que

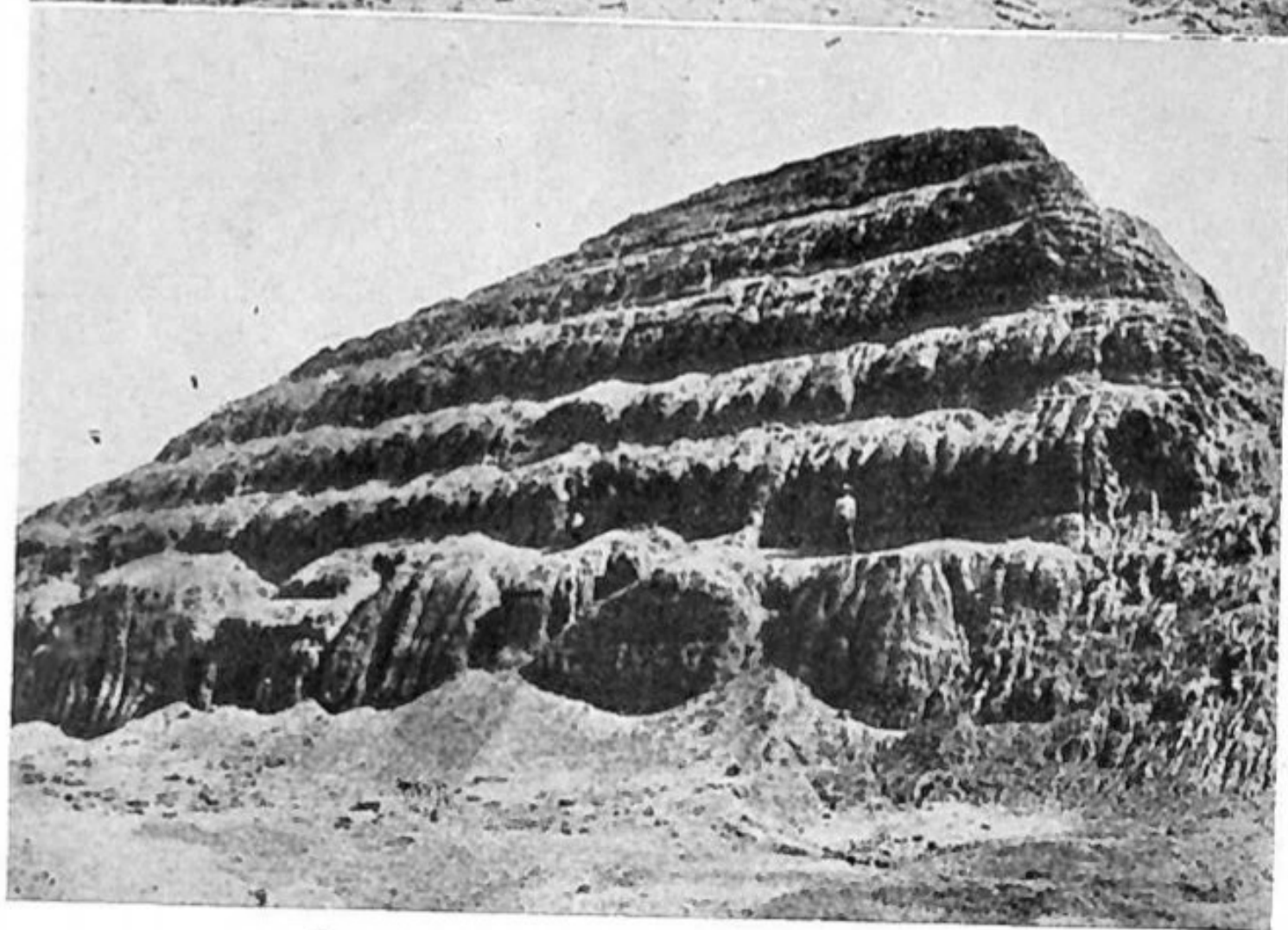
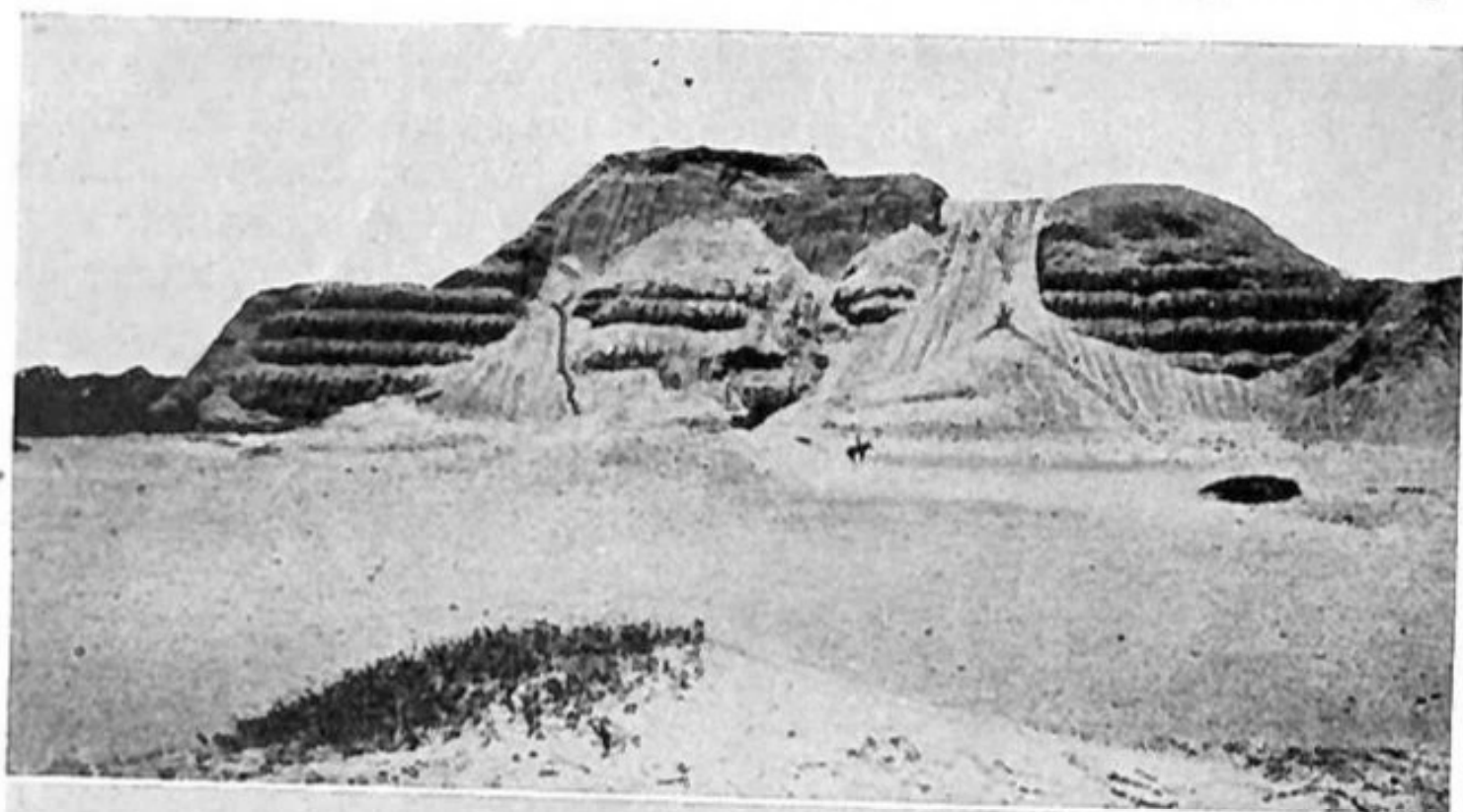


FIG. 45.—Huaca del Sol. Ruinas de Moche.

los ingas reinasen, con muchos tiempos, estaban hechos algunos edificios destos.»

Las ruinas de Tiahuanaco se encuentran sobre una meseta rodeada por una especie de foso, en cuyo centro existen dos núcleos principales: el Acapana y el Calasasaya. El Acapana es una elevación na-

tural de unos quince metros de alto en forma de arco de herradura ceñida por un muro que cierra un espacio de proporciones casi cuadradas, pero con grandes ángulos entrantes. El Calasasaya es también casi cuadrado y mide unos ciento treinta y cinco metros de longitud. Por dos de sus partes presenta un muro con pilares de lava que estuvieron unidos por sillares, aprovechados hoy en la iglesia del vecino pueblecito de Tiahuanaco. Seis enormes escalones de piedra de lava dan acceso a un segundo recinto con tres filas de pilares en

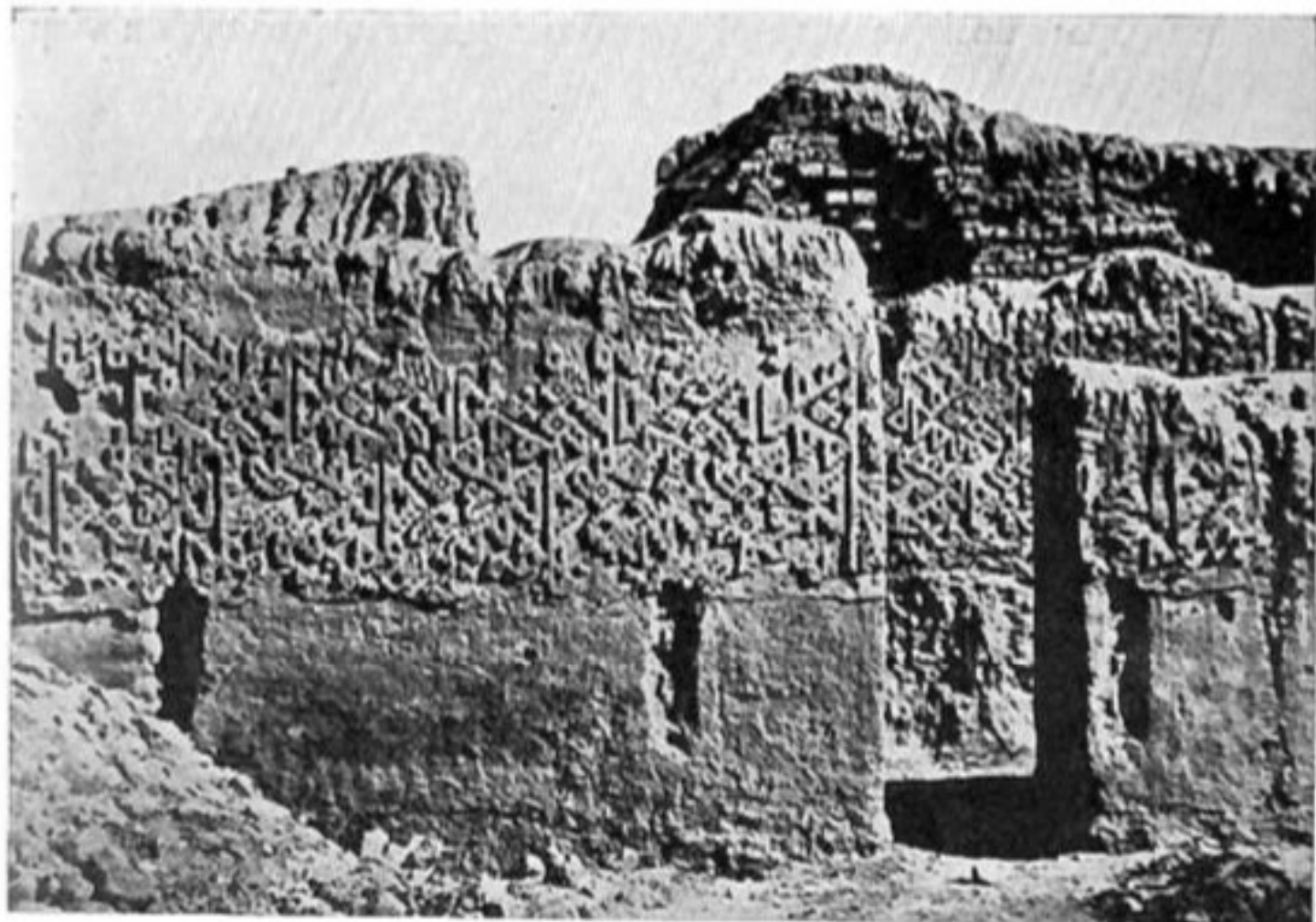


FIG. 46. — Patio de los Arabescos de las ruinas de Chan-Chan.

su rededor que se considera el lugar más sagrado del edificio. En el frente opuesto al de la escalera, se encuentran la Puerta monolítica y la estatua llamada del «Fraile», y fuera, en la parte occidental, se halla el palacio de los Sarcófagos. A distancia ya considerable, sobre una ligera elevación del terreno, se levanta la Puerta del Puma, Puma Punen, cubierta por una serie de nichos cuyo destino desconocemos. Salvo el famoso dintel decorado con el relieve del «Dios que llora», a que me referiré al tratar de la escultura, los elementos arquitectónicos son de la mayor sobriedad decorativa.

La misma comarca del Collao, es decir, la región del Titicaca, es el centro de otros monumentos en forma de torres llamados «Chulpas», unas veces de planta rectangular y otras circular (fig. 38). En su interior presentan una cámara, al parecer de carácter funerario, cubierta por bóveda falsa; exteriormente, cuando son circulares, adop-

tan con frecuencia la forma de un cono truncado invertido. El material en que están contruidos varía desde el adobe y una especie de mampostería muy pobre hasta la sillería labrada con la mayor perfección. Los ejemplares abundan. Los hay en Sillustani, en Quellena-ta, en Calaqui, en Coni, etc., y por Bolivia se extienden hasta muy al sur de La Paz, hasta Pucará.

Al sur del Cuzco, en Urcos, en el camino de Tiahuanaco, se conservan las ruinas de otro de los grandes templos peruanos (fig. 40). El motivo de su construcción es conocido. Conmemora una famosa batalla que fue decisiva para el futuro del Imperio incaico, en víspe-

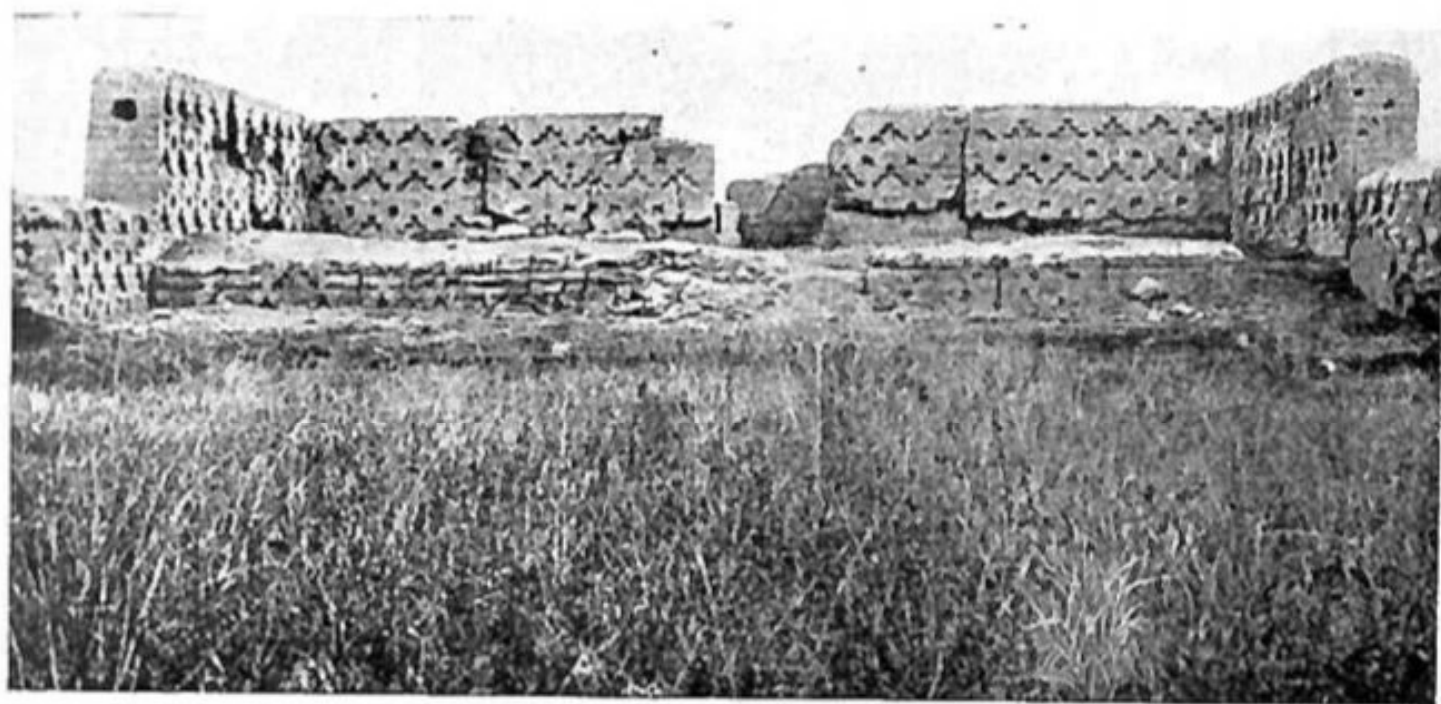


FIG. 47.—Ruinas de la Huaca de la Legua.

ras de su máximo florecimiento. Amenazada la ciudad del Cuzco por los chancas, y falto de ánimo el Inca para resistirlos, se apareció el dios Viracocha al hijo de aquél, el joven príncipe Hatun Tupac, quien organizó la defensa y logró deshacerlos en el sangriento combate de Xaquihúana. Hatun Tupac retorna vencedor al Cuzco, penetra aparatosamente en la litera imperial en el Coricancha, con el aire austero y la mirada de tigre con que, según las crónicas, había sabido vencer al enemigo, y tanto él como sus guerreros desfilan pisando sobre las nuca de los cautivos humillados con el rostro en la tierra. El príncipe, en agradecimiento al dios, cambió su nombre por el de Viracocha y prometió construir en su honor el gran templo de Urcos.

Aunque lo poco que de él se conserva no permite conocer mucho de su organización, ofrece algunos datos de interés para la historia de la arquitectura peruana. Lo existente es el enorme muro de unos quince metros de altura con grandes puertas que, según parece, dividía el colosal edificio en dos amplias naves. El muro, que es de adobe, carga sobre un zócalo de sillería de piedra volcánica, en el que se ven ya los nichos que habían de ser tan característicos de la arquitec-



tura incaica. El edificio presenta además la particularidad de haber tenido, tal vez, tres pisos, caso extraño en la arquitectura peruana.

Antes de referirme a la arquitectura religiosa de las tierras bajas de la costa, en la que con el material varían también las formas arquitectónicas, conviene tratar de las fortalezas, los monumentos que constituyen el otro gran capítulo de la arquitectura de los Andes.

Las fortalezas de Saxahuamán, Ollantaytambo, Machu Pichu y Pisac. — Las obras de fortificación adquieren en el Perú importancia extraordinaria. La más famosa de todas, que es la de Saxahuamán (figuras 39 y 40), está situada en la montaña que domina el Cuzco y



FIG. 48.—Tela peruana.

consta de tres series de murallas dispuestas en zigzag y labradas con piedras, a veces enormes y de formas muy irregulares para aprovechar lo más posible su tamaño. Construida, al parecer, en diversas épocas, sus muros ofrecen cierta variedad en cuanto a las proporciones y al aparejo de la cantería, y aunque se comenzó a destruir a poco de la conquista, para labrar con sus piedras el Cuzco moderno, todavía hoy, lo mismo que en el siglo XVI, su nota más destacada es la grandiosidad. Es uno de los monumentos que con razón más admiraba el Inca Garcilaso.

«La obra mayor y más soberbia que mandaron hacer los Incas —escribe su ilustre descendiente— para mostrar su poder y majestad, fue la fortaleza del Cuzco, cuyas grandezas son increíbles a quien no las ha visto, y al que las ha visto y mirado con atención le hacen imaginar, y aun creer, que son hechas por vía de encantamiento, y que las hicieron demonios y no hombres; porque la multitud de las piedras, tantas y tan grandes, como las que hay puestas en las tres cercas (que más son peñas que piedras) causa admiración imaginar cómo las pudieron cortar de las canteras de donde se sacaron, porque los indios no tuvieron hierro ni acero para las cortar ni labrar; pues pensar cómo las trajeron al edificio es dar en otra dificultad no menor,

porque no tuvieron bueyes, ni supieron hacer carros, ni hay carros que las puedan sufrir, ni bueyes que basten a tirarlas.» Además de las tres cercas, tenía una plaza larga y angosta con tres torreones y complicados subterráneos.

Ollantaytambo era otra de las grandes fortalezas del Perú (figura 41). Hasta tiempos del gran Inca Pachacutec había constituido la

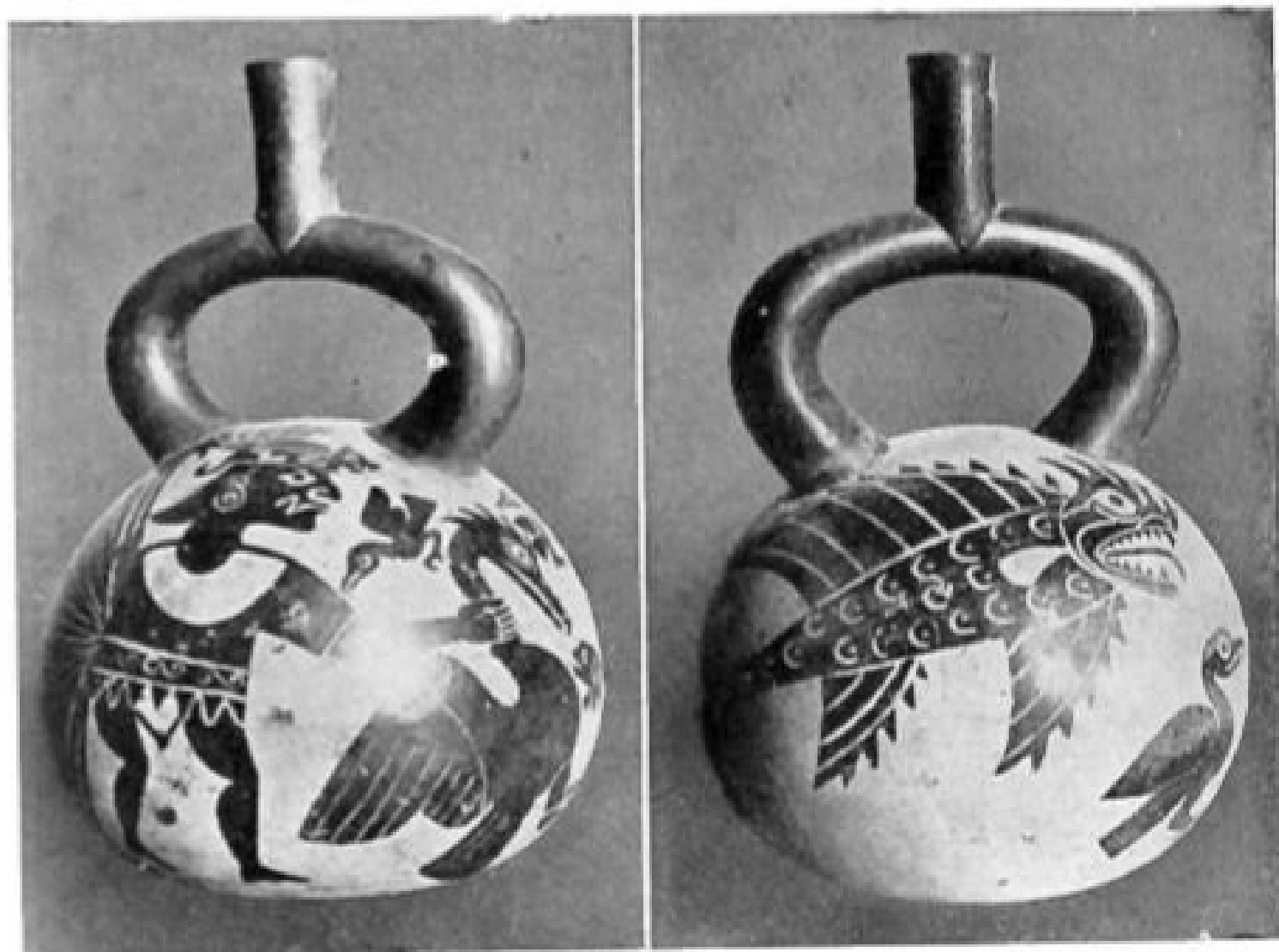


FIG. 49.—Vaso peruano con decoración de animales y plantas.

frontera, que por esta parte se encontraba demasiado próxima al Cuzco. Allí comenzaban las tierras de aquellos pueblos que, reunidos en la terrible confederación de los chancas, habían puesto en peligro la vida del Imperio. Dominando el espléndido valle del Urubamba, la fortaleza está constituida, como la de Saxahuamán, por una serie de muros escalonados. El aparejo y el tamaño de los muros ofrecen cierta variedad en sus diversas partes, y en una de las terrazas aún se conservan una puerta de forma trapezoidal y un muro de paramento finamente pulimentado que decoran nichos también trapezoida-

les. En la parte más alta de la fortaleza, la que se considera más antigua, varias enormes piedras dispuestas a lo alto enriquecen el paramento con gruesos toros en las uniones verticales. Algunos de los bloques miden hasta cuatro metros de altura y muestran huellas de grapas metálicas, como en Tiahuanaco.

Al emprender Pachacutec en la primera mitad del siglo xv las conquistas que tanto dilataron sus dominios, todas las hermosas tierras de la peligrosa frontera de Ollantaytambo quedaron incorpora-



FIGS. 50 y 51.—Vasos peruanos con decoración de aves y peces.

das al Imperio, y en ellas se levantó, tal vez por orden suya, la ciudad de Machu Pichu (fig. 43). Pero la fortaleza incaica más bella y más hermosamente situada es quizá la del Pisac, en el alto valle del Urubamba (fig. 44). El paisaje que desde sus terrazas se domina es uno de los más grandiosos que ofrecen los Andes, la cordillera de los paisajes grandiosos. Construida en un granito blancorrojizo, es una de las obras donde la cantería peruana alcanzó mayor grado de perfección. Las hiladas son perfectamente horizontales y sus paramentos están pulidos con el mayor cariño. Conserva alguna sala con las corrientes hornacinas incaicas, y sobre todo el llamado Intihuatana, cuya puerta se cubre aún con su dintel primitivo, ofrece al exterior un muro curvo de factura todavía más fina que el del templo del Sol en el Cuzco.

De la arquitectura doméstica peruana sabemos menos que de la religiosa. Por la manera de estar distribuidas se han distinguido dos tipos de casa: el de una y el de dos familias. Cubiertas a dos aguas en este último, un muro levantado en el eje longitudinal del edificio dividía las dos viviendas hermanas. En las paredes interiores se abrían nichos trapezoidales, y al exterior la decoración, como siempre, se reducía a la fina labor de la cantería. Del gran palacio de Cora-Cora en el Cuzco, que el Inca Roca, más amigo de reformas interiores y de construcciones que de empresas militares, se hizo levantar en la plaza principal de la ciudad, al abanonar el alojamiento del Coricancha, sólo se conservan los muros.

La arquitectura de la costa peruana: Moche, Chan-Chan. — En la región de la costa el paisaje y los materiales constructivos



FIG. 52. — Decoración de aves y peces de un vaso peruano, según Lehmann.

cambian y, con ellos, las formas artísticas. En la zona costera y en los valles de los ríos que a ella desembocan, se formaron durante el período prehispánico varios centros artísticos de la mayor vitalidad. A veces, el barro cocido al sol se emplea en enormes bloques, verdaderas tapias unidas con barro, y revestidos también con barro hasta ocultar esas uniones. La preferencia por el adobe va unida a la forma de pirámide de los edificios y a la gran riqueza decorativa de los paramentos.

Una de las construcciones apiramidadas más importantes es la de Moche en la región de Trujillo, constituida por varios cuerpos escalonados (fig. 45). Pero el perfil de pirámide de gradas, análoga a la mexicana, se impone además en diversos tipos de construcciones e incluso llega a extenderse por el interior del país. Sobre un gran cuerpo gradiforme aparecen, por ejemplo, representadas en vasijas procedentes de la costa unas especies de pabellones con curiosa cubierta inclinada sobre gruesos troncos o columnas. En las fortalezas de esa comarca se adopta también la forma escalonada; en realidad, era el

resultado natural de ceñir con varios muros las montañas en que deseaban hacerse fuertes, la consecuencia de los sistemas defensivos de Saxahuamán y Ollantaytambo. La fortaleza de Parmuca en la frontera meridional del gran reino Chimú, de planta rectangular, es el modelo más perfecto de este tipo, y presenta una especie de baluartes en los ángulos. Las ruinas de Vilcashuamán, que describió Cieza de León antes de cumplirse los veinte años de la conquista, y que se encuentran ya en el interior, nos muestran un edificio muy interesan-



FIG. 53.—Vaso peruano con felino. (*Museo de América. Madrid.*)

te, también de planta rectangular y forma apiramidada, constituido por tres cuerpos, pero el material varía y el adobe se ve reemplazado por la cantería.

Donde la arquitectura de la costa reviste sus paramentos con mayor riqueza decorativa es en las ruinas de la gran ciudad de Chan-Chan, sojuzgada por los Incas a mediados del siglo xv. La hermosa ciudad ceñida de murallas y dispuesta en varias terrazas con abundantes jardines, templos de forma apiramidada y pintados muros, es hoy un campo de ruinas. Esos muros manifiestan, sin embargo, toda la riqueza con que sus habitantes gustaban cubrir los paramentos de sus edificios. En ellos se emplea desde el sencillo ajedrezado y la red de rombos hasta las lujosas composiciones del Patio de los Arabescos del Palacio (fig. 46). No satisfechos con las líneas quebradas, multiplican las curvas e incluso los temas animados, descubriendo casi siempre la profunda huella que en su estilización dejaron las artes textiles. Sin llegar a los extremos decorativos de Chan-Chan, no faltan en otros edificios paramentos con sencillos temas geométricos rec-



FIG. 138. — Tlachiquero extrayendo pulque del maguey.

### CAPITULO III

## LA ARQUITECTURA EN MEXICO

EL ESTILO GÓTICO - EL RENACIMIENTO - LAS INFLUENCIAS INDÍGENA Y MUDÉJAR - LAS ÓRDENES RELIGIOSAS Y LA ARQUITECTURA CONVENTUAL - EL TEMPLO - EL CONVENTO - EL PATIO - CAPI-LLAS DE INDIOS Y «POSAS»

El paisaje mexicano. — El europeo, que, después de contemplar en fotografía los grandes monumentos barrocos mexicanos decorados con exuberancia sólo comparable a la de los templos indostánicos o mayas, imagina el escenario que les sirve de fondo, es natural que piense en un paisaje de la más lujuriente vegetación. Sin embargo, nada hay más distante de la realidad. México, a pesar de encontrarse en buena parte dentro del trópico, por su gran altura sobre el nivel del mar ofrece dos regiones de características bien diferenciadas: la tierra fría y la tierra caliente. La tierra caliente es la de la costa y la de aquellas zonas del interior que por su escasa elevación sufren temperaturas que justifican ese nombre. Son comarcas enormes, en gran parte de selva, donde crecen las palmeras de troncos tersos y limpios, donde el plátano y la caña son tan abundantes como los olivos en Andalucía o los viñedos en la Mancha, y donde se dan esas frutas que constituyen uno de los encantos del trópico: la piña, la guayaba, la papaya, el mango, etc. Pero en ese paisaje paradisíaco es en el que

la víbora y el mosquito adquieren su máxima virulencia, y en el que habitan la serpiente cascabel que, vestida de plumas por la imaginación del indio, se convirtió en el dios Quetzalcoatl, y el lagarto o caimán que, sumergido en el agua, acecha el paso de su víctima. Este escenario, que sorprende y entusiasma y que sirve de fondo a la arquitectura maya, no es, sin embargo, el que aparece tras los monu-

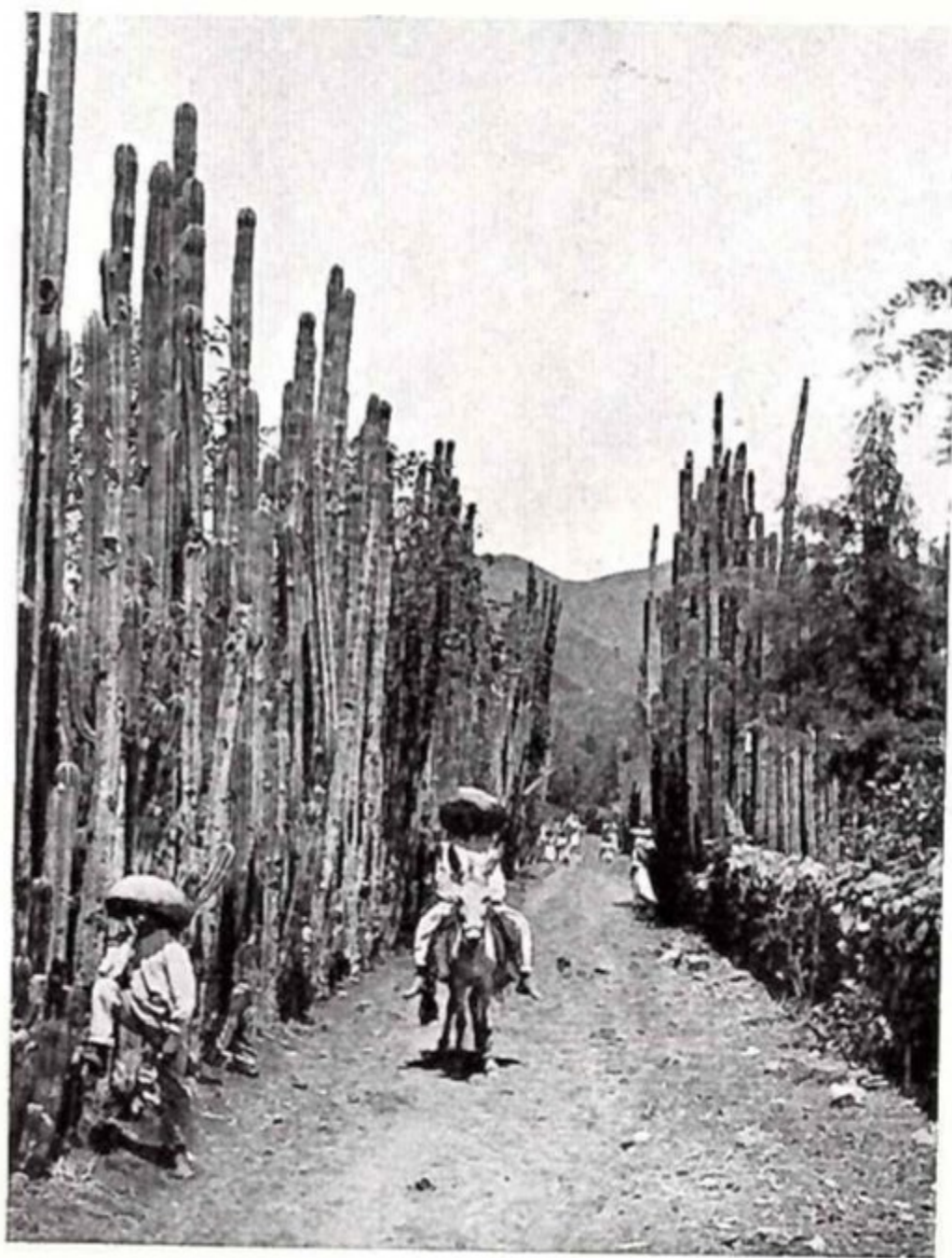


FIG. 139. — Organos.

mentos hispanoamericanos más característicos. Aunque se construyeron templos numerosos e importantes en Yucatán, Morelos y Oaxaca, la gran mayoría, y los más representativos, no son hijos de tierra caliente.

La tierra fría es, en cambio, de sobriedad extraordinaria. Está constituida por una inmensa meseta, en muchos puntos de dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, la altura de los picos más elevados del Guadarrama que los madrileños ven cubiertos de nieve buena parte del año, flanqueada a uno y otro lado por dos cordilleras gigantescas, la Sierra Madre Occidental y la Sierra Madre Oriental. En la meseta los hermosos bosques de aquellas montañas desaparecen

y comienza el imperio del cacto. Pese a las grandes extensiones plantadas de maíz y frijol, la base de la alimentación del mexicano, el recuerdo que perdura en la memoria de quien recorre México desde Chihuahua hasta la capital y de Puebla a Guadalajara, es el de un paisaje grandioso y un tanto desolado como el de Castilla, de plantas extrañas, unas de belleza decorativa y elegancia extraordinarias, y otras tan absurdamente desproporcionadas como un animal antediluviano.

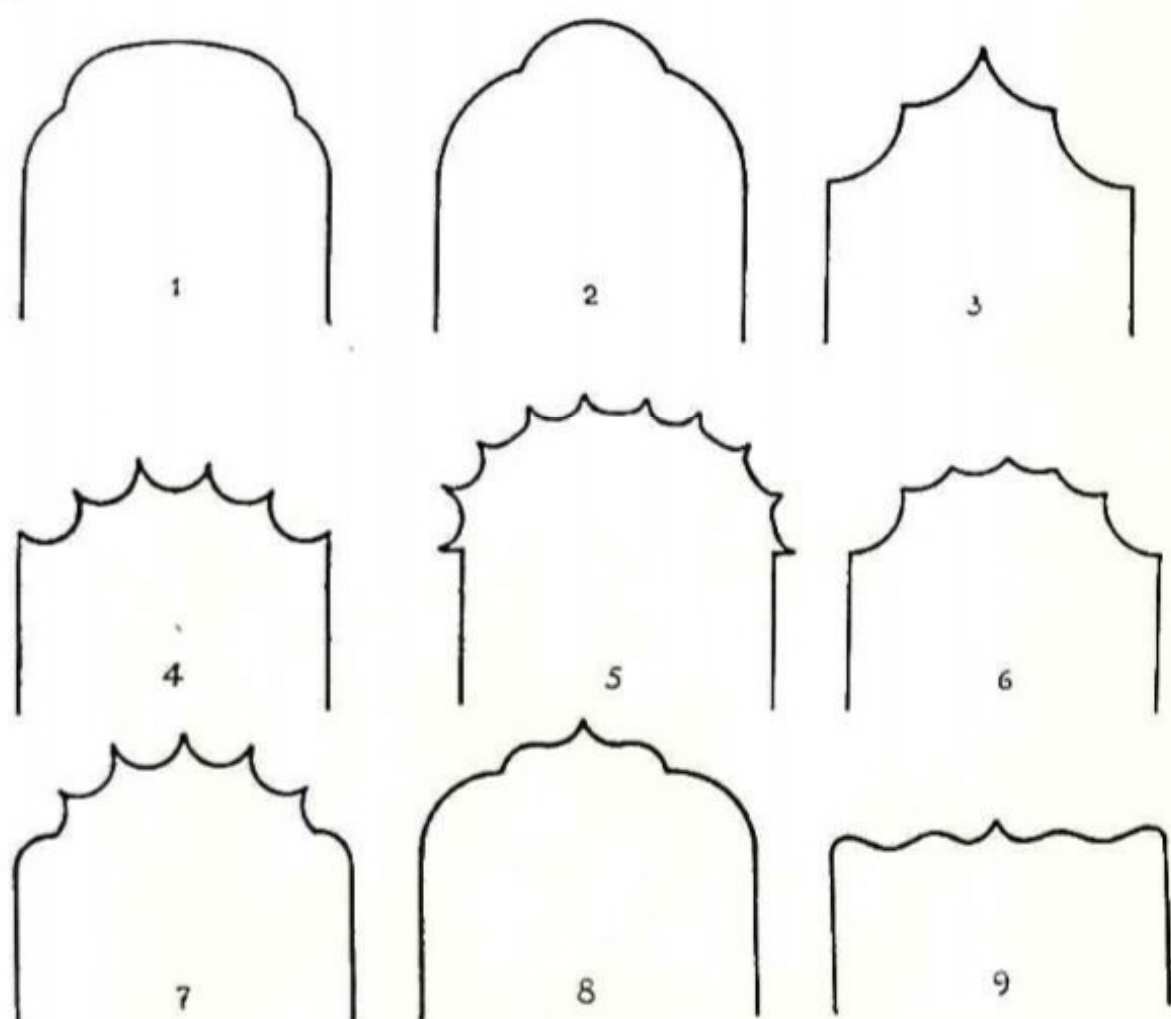


FIG. 140. — Principales formas de arcos góticos empleados en México.

1, Texcoco; 2 y 3, Tecamachalco; 4, Huexotla; 5, Tlahuelilpa; 6 y 7, Tlaxcala; 8, Texcoco; 9, Huejotzingo. Dibujos de Argilés.

Los elementos más decisivos en el perfil del paisaje mexicano son seguramente los cactos, la gran tríada formada por el órgano, el maguey o pita y el nopal. El órgano suele ser todo compostura, orden y geometría; en su forma más sencilla y elegante es un prisma de sección estrellada, derecho como un cirio, pero con esa cierta blandura que nunca falta en lo mexicano. A veces, sin embargo, pierde su característica elegancia, estrangula sus limpias aristas, se eriza de espinas, y su cuerpo antes esbelto, como contagiado por el desorden del nopal, se hace tortuoso y se quiebra con ritmo de alacrán. El maguey es el más frecuente de los cactos, y, en cierto modo, ocupa el punto medio entre la preciosa elegancia del órgano y el desorden triunfante del nopal, pero tanto el nopal como el maguey son elementos esenciales en la vida del mexicano. Todos saben muy bien que sobre el nopal se apareció el águila a los fundadores de Tenochtitlán, y que



el pulque, la bebida nacional, brota en el corazón del maguey (figuras 138 y 139).

El franciscano fray Toribio de Benavente, llegado a México en el año 1524, percibió desde el primer momento lo que para su nueva

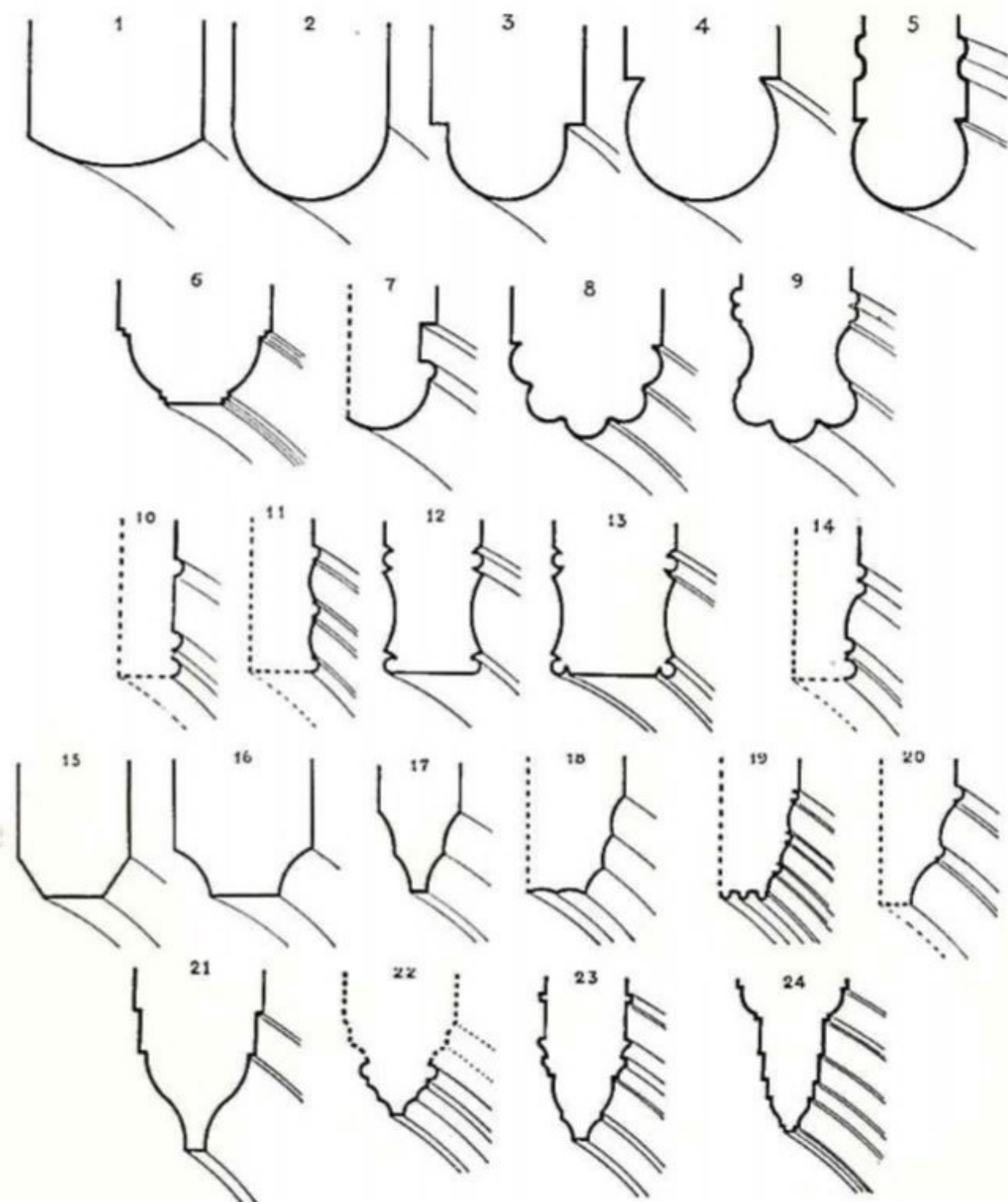


FIG. 141. — Secciones de arcos y nervios.

1, Tochimilco; 2, Texcoco; 3, Metztlán: Comunidad; 4, Tepeji, Atotonilco, Molango; 5, Cuernavaca: Palacio; 6, Cuilapan; 7, San Juan Huacalco; 8 y 9, Cuernavaca: Palacio; 10, Tecamachalco; 11, Tlahuelilpa; 12, Huejotzingo; 13, Azcapozalco, Tlaxcala, Tlalnepantla; 14, Calpan; 15, Atlixco, etcétera; 16, Cuautinchán, Tecamachalco, Tlalmanalco; 17, Yecapixtla; 18 y 19, Calpan; 20, Tlanalapa; 21, Actopan; 22, Cuernavaca; 23, Tlahuelilpa; 24, Oaxaca: Santo Domingo. Dibujos de Argilés.

patria significaba el maguey, y no dudó en dedicarle en su *Historia de los Indios de la Nueva España* un buen capítulo que comienza así: «Melt es un árbol o cardo que en lengua de las Islas se llama maguey, del cual se hacen y sacan tantas cosas, que es como lo que dicen que hacen del hierro; es verdad que la primera vez que yo le vi, sin

saber ninguna de sus propiedades, dije: gran virtud sale de este cardo. El es un árbol o cardo a manera de una yerba que se llama zábila, sino que es mucho mayor. Tiene sus ramas o pencas verdes, tan largas

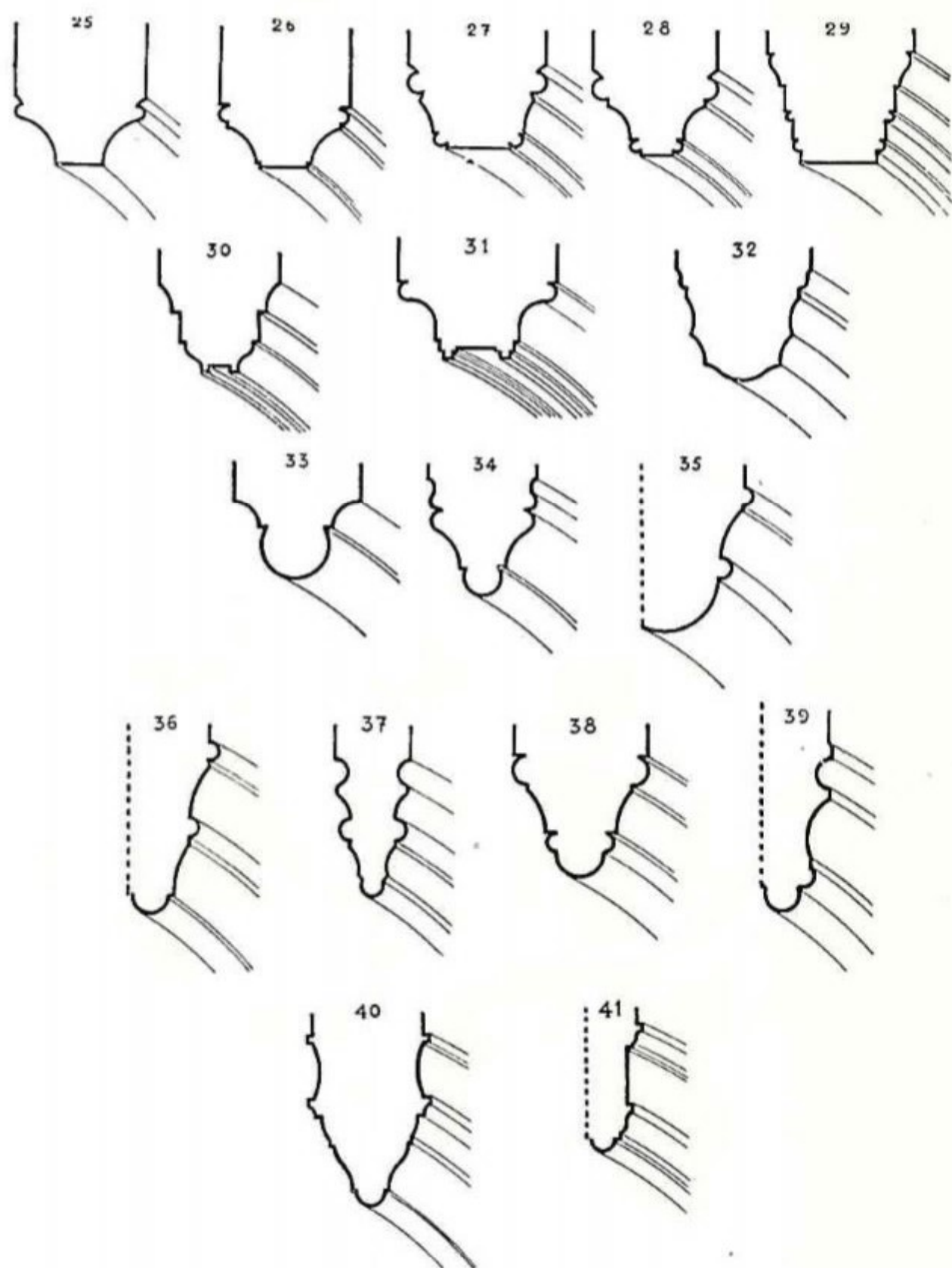


FIG. 142. — Secciones de arcos y nervios.

25, Tlalmanalco; 26, Tula, Tecamachalco; 27, Cempoala, Tlaxcala; 28, Tula, Atotonilco de Tula; 29, Cuernavaca; 30, Guadalajara: Catedral; 31, Azcapozalco; 32, Atlixco; 33, Cuernavaca; Humilladero; 34, Atitalaquia; 35, Otumba; 36, Otumba, Texcoco, San Gabriel; 37 y 38, Huejotzingo; 39, Texcoco; 40, Tlahuelilpa; 41, Cholula, Dibujos de Argilés.

como vara y media de medir; van seguidas como una teja, del medio gruesa, adelgazando los lados del nacimiento: es gorda y tendrá casi un palmo de grueso. Va acaracolada, y adelgázase tanto a la punta, que la tiene tan delgada como una púa o como un punzón; de estas

pencas tiene cada maguey treinta o cuarenta, pocas más o menos, según su tamaño.» Y así continúa cantando las excelencias y las grandes utilidades de aquella planta, que en España no existía. De formación más humanista escribió por aquellos mismos años Cervantes Salazar que «sirve para tantos usos y tan importantes, que no le igualó en esto la antigua espada de Delfos».

Otro misionero del siglo xvi igualmente enamorado de la tierra y de los indios de Nueva España, fray Bernardino de Sahagún, subraya con el mismo acierto lo extraordinario del nopal: «Hay unos árboles en esta tierra — dice — que llaman nopalli, que quiere decir tunal o

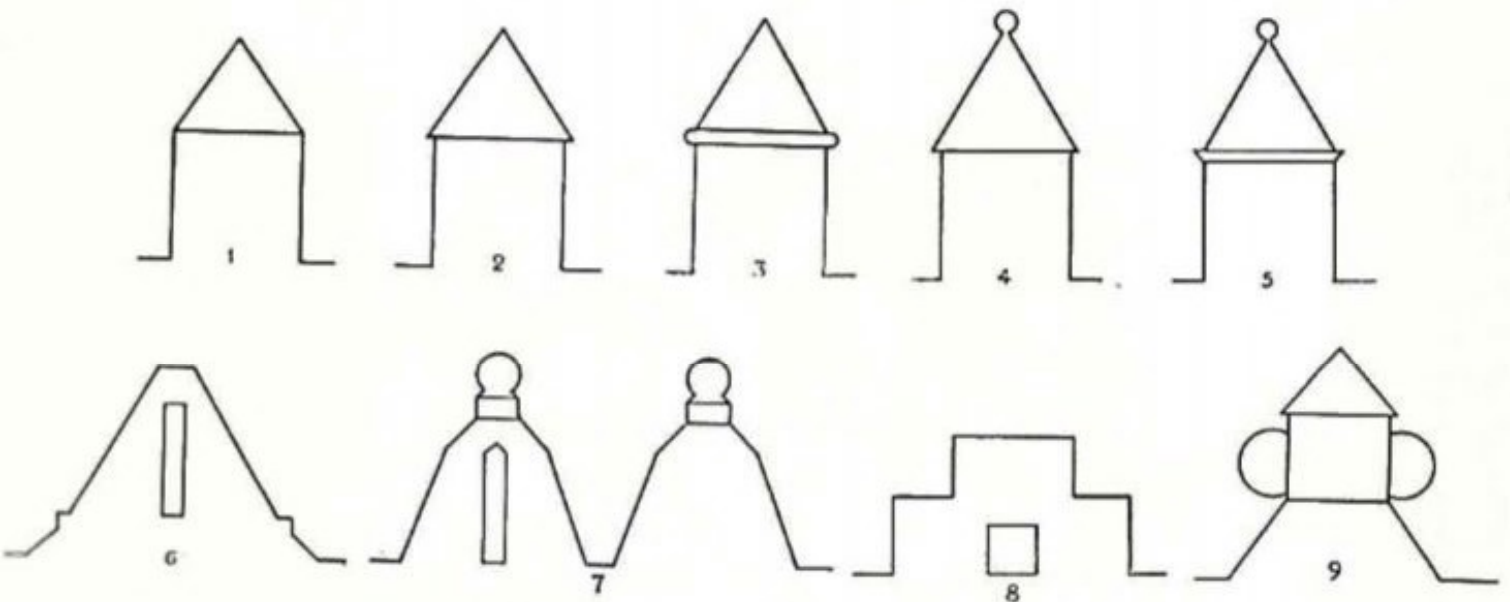


FIG. 143. — Tipos de almenas del siglo xvi.

1-3, Tipos corrientes; 4, Actopan, Milpa Alta, Tepotztlán; 5, Xochimilco; 6, Huejotzingo; 7, Tepeaca; 8, Catedral Vieja de México; 9, Tepeji. Dibujos de Argilés.

árbol que lleva tunas; es monstruoso este árbol, el tronco se compone de las hojas, y las ramas se hacen de éstas. Las hojas son anchas y gruesas, tienen mucho zumo y son viscosas, tienen espinas las mismas hojas. La fruta, que en estos árboles se llama «tuna», es de buen comer, es fruta apreciada, y las buenas de ellas son como camuesas; las hojas de este árbol cómenlas crudas y cocidas. En unos árboles de éstos se dan tunas que son amarillas por dentro; otros las dan que por dentro son coloradas, rosadas, y éstas son de muy buen comer.»

La nota agria y más desarmónica del paisaje de la meseta no la ponen, sin embargo, los cactus; se debe al izote, especie de palma de hojas delgadas y largas como lanzas. Con frecuencia, sus proporciones son indudablemente bellas, pero al convertirse en árbol su grueso tronco, obscuro y torcido, en lugar de ramificarse y formar una copa proporcionada a la importancia de aquél, se encorva violentamente y termina en penachos de hojas como cuando tenía un metro de altura. El perfil de su tronco retorciéndose sin gracia sobre la atmósfera pura y luminosa de la meseta, y el de su desmedrada copa, es uno de los elementos típicos del escenario mexicano (fig. 1).

Tal fue el paisaje que contemplaron los conquistadores cuando, poco después de poner pie en el continente y de atravesar la viciosa vegetación de la zona costera, escalaron las majestuosas alturas de la meseta del Anahuac.

El estilo gótico. — Cuando las dotes excepcionales de Hernán Cortés y el valor de sus compañeros pusieron término al Imperio azteca, no se había colocado aún la primera piedra de la catedral de



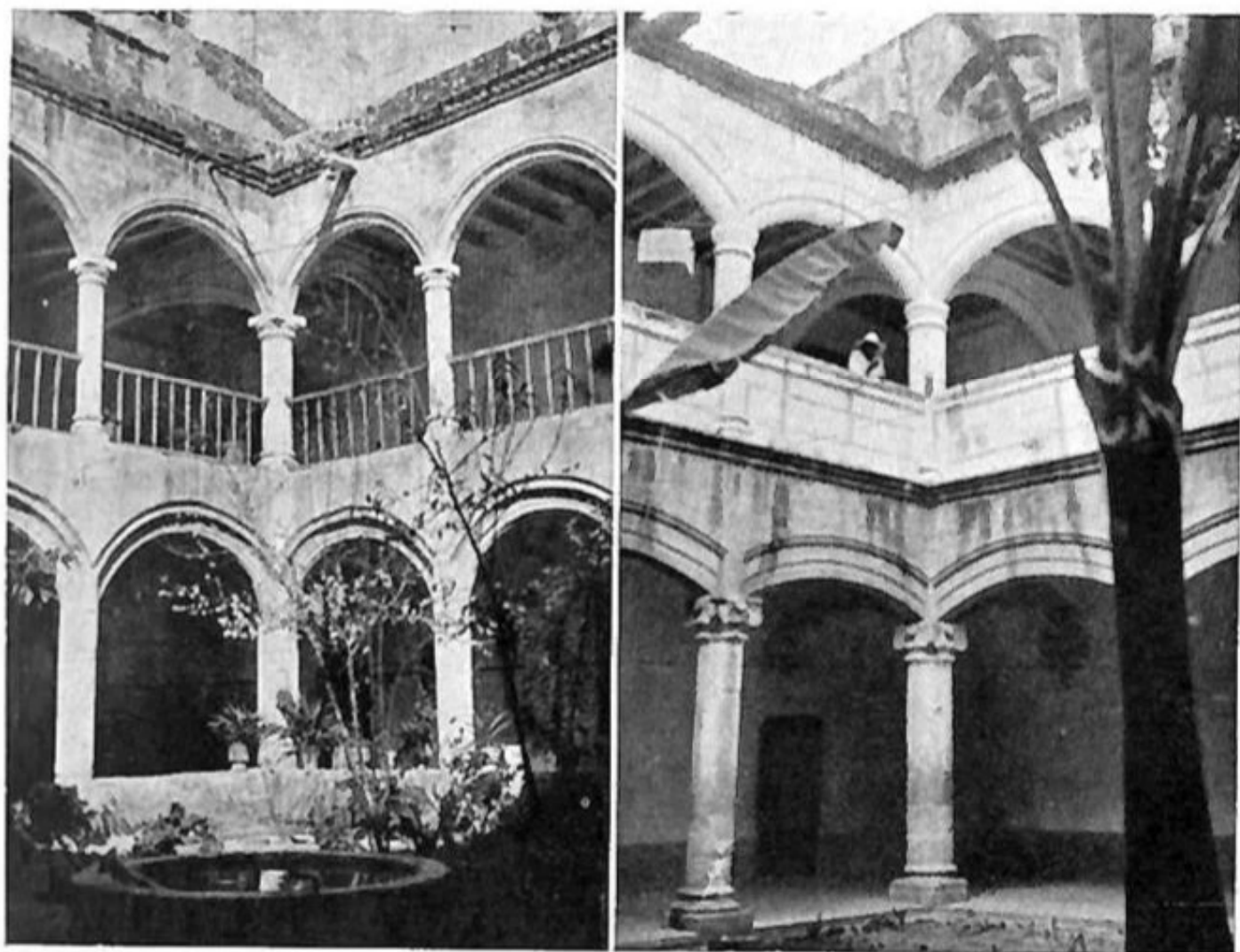
FIG. 144. — Almenas del convento. ACTOPAN.

Segovia, el último gran templo español que se construyó en estilo gótico, a pesar de que tanto en Castilla como en Andalucía se levantaban ya importantes monumentos de estilo renacentista. En 1528, es decir, sólo tres años después de comenzado aquél, se hacía cargo Diego Siloé de las obras de la catedral de Granada, tal vez la creación capital del Renacimiento peninsular, y a semejanza suya se trazaban poco más tarde las de Málaga, Jaén y Guadix. En México, sin embargo, es difícil encontrar edificios concebidos en ese estilo hasta que hacia 1570 se principiaron las catedrales. Los templos de las órdenes religiosas se concibieron en gótico.

Por su planta y por su cubierta son esencialmente medievales: los testeros suelen tener forma poligonal y las cubiertas son de crucería. Como sólo poseen una nave, y los claustros son de columnas o de pilares renacentistas, el pilar gótico apenas se emplea y los mismos nervios de las bóvedas se reciben en medias columnas adosadas o mueren en la cornisa. Sin embargo, no faltan algunos, como los del claustro de Tlahuelilpa (fig. 304), eco de los ricos modelos de San

Gregorio de Valladolid; y, en realidad, quizá tanto tienen de gótico como de mudéjar los pilares octogonales de la primitiva catedral de México y de los claustros de Atlixco y de Amecameca. Por otra parte, el soporte gótico, como veremos más adelante al tratar de los claustros, dejó su huella en la columna renacentista: a él deben con los mayores visos de probabilidad sus proporciones el capitel y la base de tipo más común.

El arco apuntado de dos centros sólo se adopta en las ventanas, en algún arco de triunfo, y, excepcionalmente, en algún claustro que,



FIGS. 145 y 146.— Claustros de los conventos de Tula y Tepeji.

por caso curioso, es de fecha bastante tardía. Era natural; en la Península, aquella forma tan sencilla había sido reemplazada por otras más ricas, y lo mismo tenía que suceder en la Nueva España (fig. 140). El arco carpanel, bien de tres curvas, o rectilíneo en su parte central, fue el preferido juntamente con el escarzano. El conopial, aunque se emplea en algunos interiores, e incluso en alguna portada como la de Huejotzingo, fue poco frecuente, y tampoco lo fue mucho el lobulado, la típica creación del barroquismo gótico, si bien merecen recordarse el de Tecamachalco y, sobre todo, los arcos de lóbulos convexos de Tlaxcala y Tlahuclilpa con tan ilustres precedentes en la Península como los del Palacio de Cintra. El arco mixtilíneo, que tan de moda había de ponerse en México durante el siglo XVIII, tal vez no se llegó

a usar en el XVI. Si las formas típicas del arco gótico fueron rápidamente reemplazadas por la semicircular del Renacimiento, en cambio, las molduras y la sección apuntada propias de aquel estilo se conservaron con la mayor persistencia. En las figuras 141 y 142 se ofrecen las secciones más corrientes, en las que con frecuencia se mezclan ambos estilos. Gótica es también la solución del claustro de Tula (fig. 145), en que las molduras del arco se pierden en la columna, y el mismo origen tiene la continuación del cuerpo cilíndrico de ésta en los salmeres por encima del ábaco, como sucede en Atotonilco, Tepeji, etcétera (fig. 146).

Los estribos — el arbotante sólo existe en las catedrales renacentistas y en la capilla de Teposcolula — son sencillos; a veces disminuye el resalte a medida que se elevan, con lo que dan lugar a varios cuerpos y prestan cierta variedad al edificio, y no es excepcional que en el interior de los claustros abovedados ofrezcan sección apuntada. Rarísima vez, como en Tepeaca, terminan en pináculos, pues lo frecuente es que rematen en almenas como el resto de la fachada, almenas que a veces forman una especie de garita (fig. 144).

La bóveda de crucería es la cubierta preferida en el templo. Salvo en los de agustinos, en que alterna con la de cañón — a veces se pintan los nervios en bóvedas de esta clase —, puede considerarse casi como la exclusiva, incluso en aquellos en que el estilo Renacimiento es el preponderante. La misma catedral renacentista de Guadalajara se cubrió con crucería, y otro tanto se hizo en parte de las capillas de la de México. En el interior de los conventos, en cambio, salvo en algunos claustros, pasa a segundo término, en favor de la techumbre de madera,

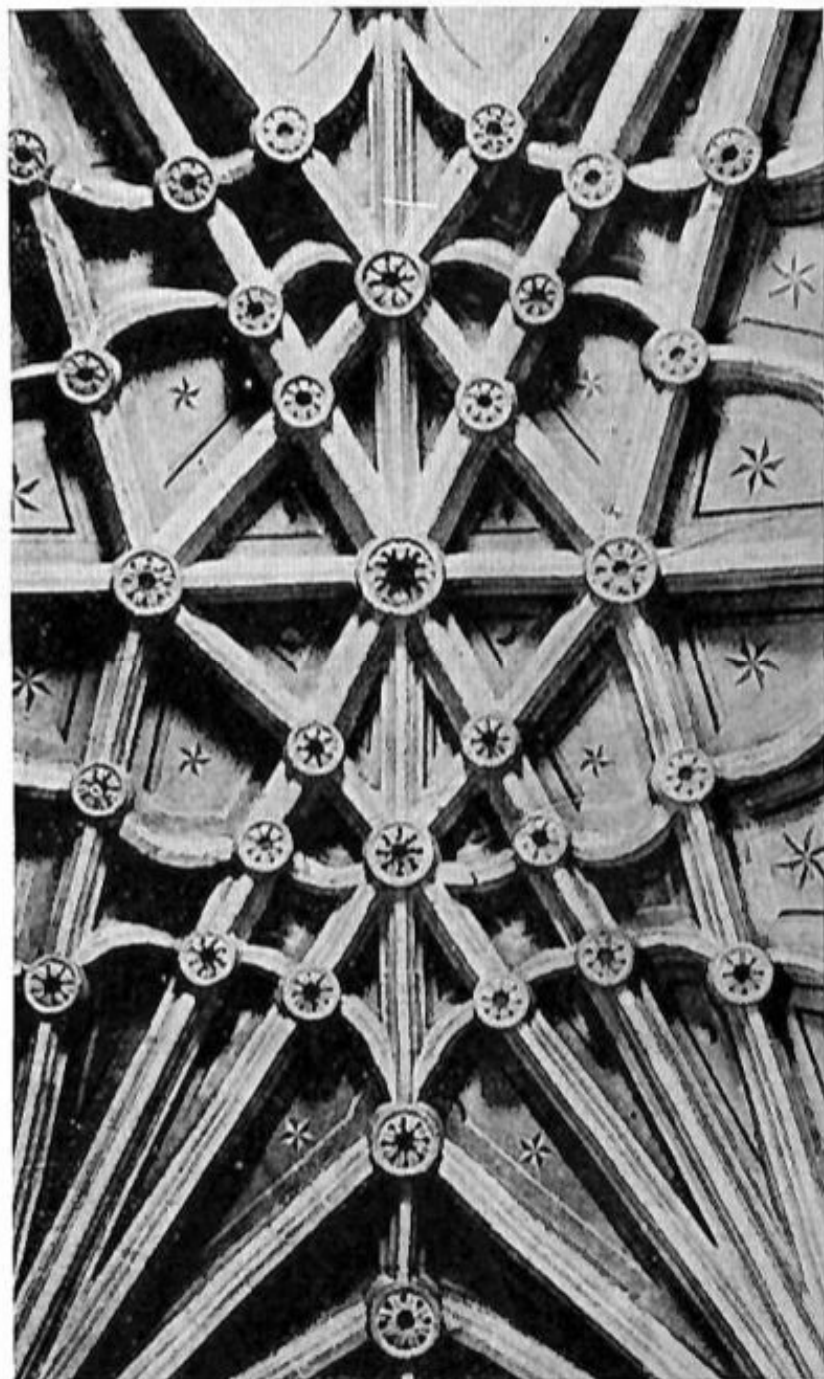


FIG. 147. — Bóveda de la capilla de indios.  
HUAQUECHULA.

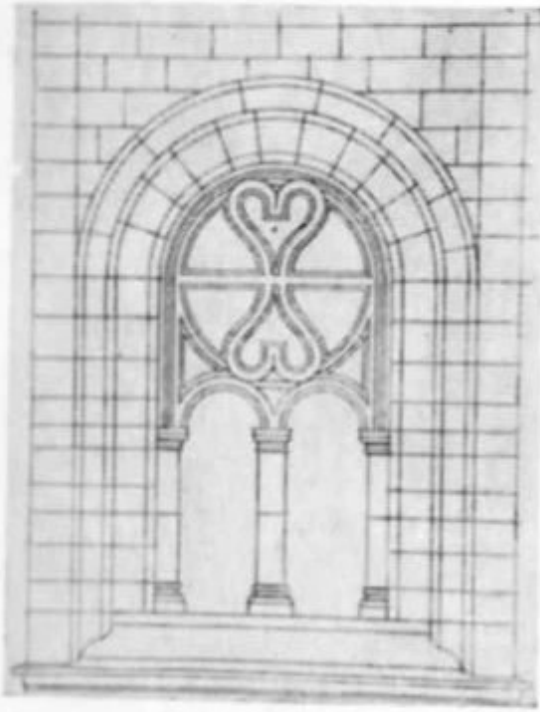
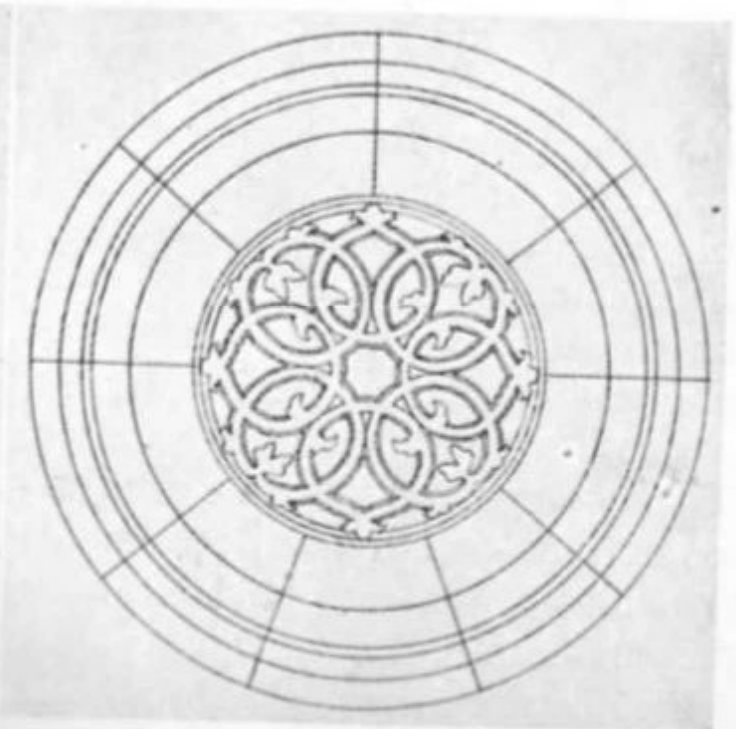


FIG. 148. — Ventana del convento de Yanhuatlán, según Toussaint.



FIG. 149. — Oculo del convento de Yecapixtla, según Toussaint.

Aunque la bóveda de terceletes fue bastante frecuente, sobre todo en el cuerpo del templo, se prefirieron no sólo para el presbiterio, sino para todo aquél, las bóvedas de trazado más rico, bien simplemente rectilíneo como las de Cempoala o Tepeaca o con elementos curvilíneos. Por su rareza en México, merecen recordarse las de Tecamachalco y Guadalajara, en que a los nervios cruceros sólo se agregan el de espinazo y el que corta a éste en ángulo recto, y la de Huaquechula (fig. 147), tal vez la más complicada que se construyó en monasterio mexicano. En algún caso, los nervios de las bóvedas se labran de ladrillo, como ya sucediera en la Península. La complicación a que se llega en las bóvedas casi no se refleja en la tracería de los vanos, pues son tan escasos los ventanales con este tipo de decoración que apenas pue-



FIGS. 150 y 151. — Oculos de los conventos de Molango y de Atotonilco de Tula.

den citarse los de Yanhuitlán (fig. 148), Yecapixtla (fig. 149), Molango (fig. 150) y Atotonilco (fig. 151).

Uno de los elementos decorativos más empleados por el gótico de los Reyes Católicos, y que mayor fortuna hicieron en la Nueva España, fueron las perlas de Avila, hijas de los cogollos de las torres de su Catedral. Ellas son tema corriente en capiteles y basas, enriquecen el remate de las almenas y, como en Tepeaca, sirven para matar las aristas de las jambas; en una palabra, se emplean con la misma profusión y con los mismos fines que en la Península. Reflejo del arte de los Reyes Católicos, no podían faltar tampoco en el gótico mexicano los temas hijos del naturalismo propio de la última etapa del estilo.

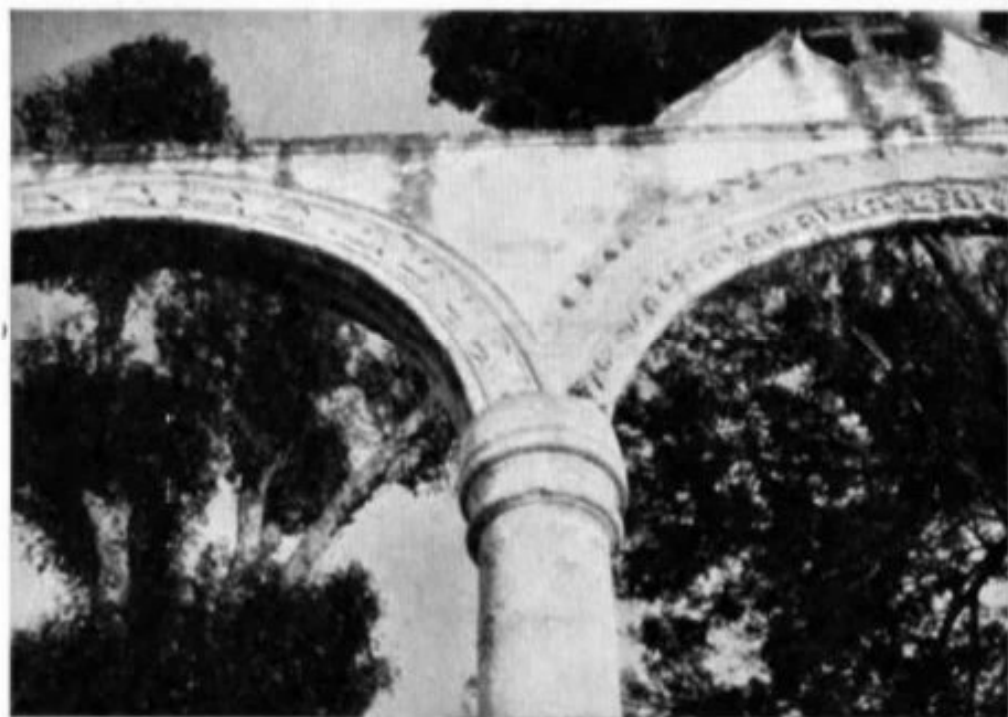


FIG. 152. — Pórtico principal del atrio del convento. HUEJOTZINGO.

El cordón de San Francisco, tan frecuente en la región de Puebla y Tlaxcala, tierra de monasterios franciscanos, tenía además su justificación en el sentido heráldico que para aquélla poseía. Con él veremos formar el alfiz de los arcos y dibujar rectángulos decorativos como en la portada de Huejotzingo. Aunque sólo en pinturas murales, los agustinos se valieron, a su vez, en alguna ocasión, de la correa con que ciñen su hábito. Al mismo tiempo que el cordón, pasa el Océano uno de los temas más representativos del gusto inspirador de esta última etapa del estilo: la vara erizada de mucrones con una cinta dispuesta en espiral, que tanta importancia tiene en San Gregorio de Valladolid (figura 152). Con escasos pilares góticos, sin puertas abocinadas y, en general, con poca decoración de follaje, en los conventos mexicanos el cardo desempeña modestísimo papel.

**El Renacimiento.** — El gótico aparece tan entreverado con el Renacimiento desde sus primeros pasos en la Nueva España, que, vistas las principales características de aquél, conviene considerar la forma como éste se fue introduciendo hasta triunfar en las catedrales de fin



de siglo, pues, lejos de ser un estilo llegado casi en trance de muerte, que ése fue el caso del gótico, se encontraba en su curva ascendente, y dejó, como es natural, en la arquitectura mexicana huella de diversos momentos de su vida. Es difícil, sin embargo, seguir su evolución en el aspecto constructivo. El tipo de templo gótico de los Reyes Católicos arraigó con tanta fuerza, y probablemente llegó a existir en él tal confianza, que no dio lugar para que penetrasen otros modelos. Esa evolución donde puede advertirse es en el campo puramente decorativo, puesto que es preciso llegar al último tercio del siglo para que

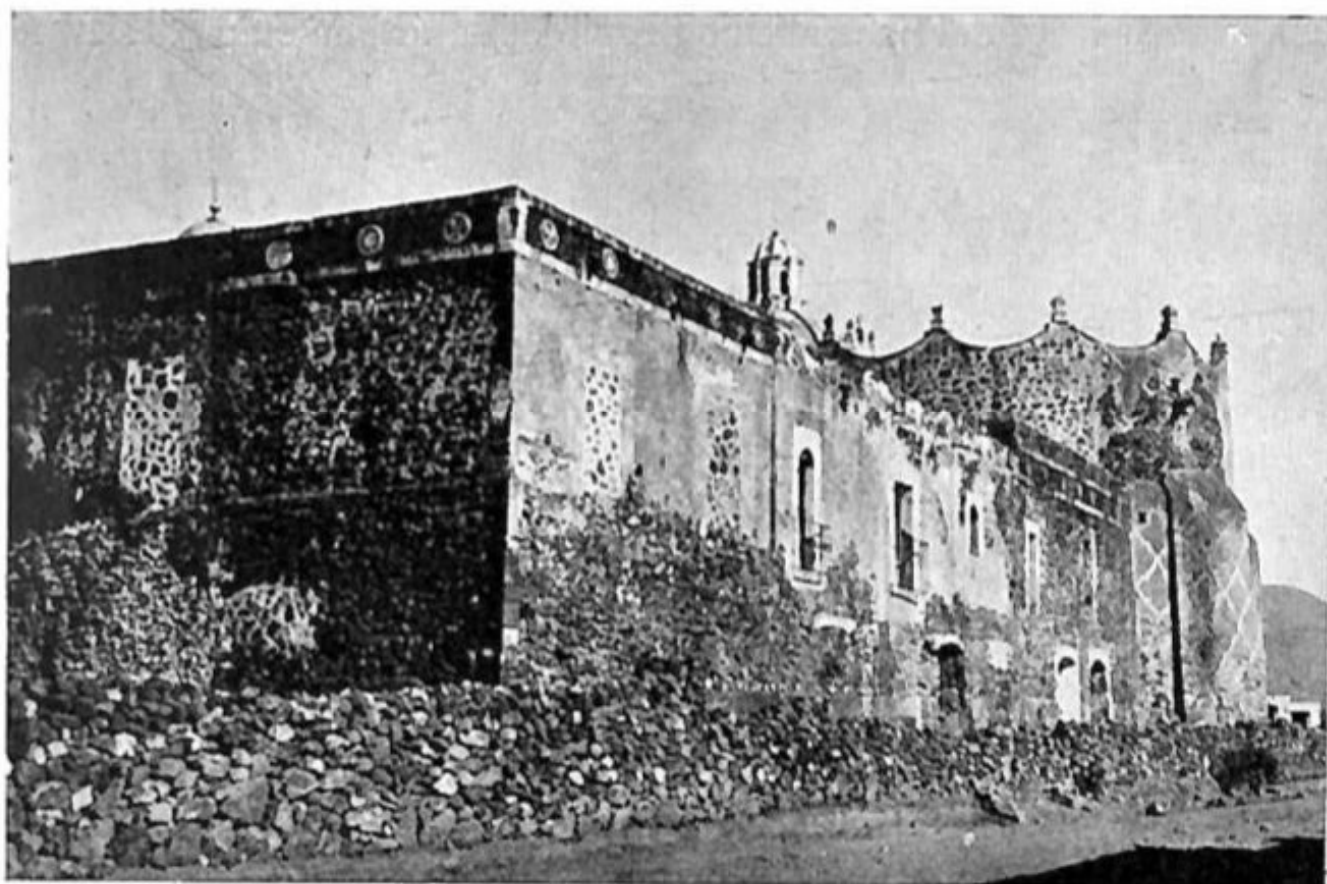


FIG. 153. — Convento. TLAHUAC.

veamos levantarse, además de las catedrales, algunos templos que rompan con el afortunado prototipo gótico. En las portadas, y, en menor grado, en los claustros, puede presenciarse el desfile de los estilos que llegaban de la Península, tal vez no siempre en el orden mismo en que se producían, sino con un desorden cronológico equiparable al que existe en su marcha desde Italia a la propia Península. Ellas son principalmente las que nos dicen cómo esos estilos logran especial fortuna en determinadas comarcas, hasta el punto de formar escuela, y nos demuestran también cómo los monumentos, la flora, o la técnica indígenas, les ponen cierto aire mexicano que las distingue de los modelos.

Sin perjuicio de hacerlo más detenidamente al tratar de las portadas y claustros, conviene exponer, desde luego, las características de sus diversas etapas.

De las tres etapas principales que pueden distinguirse en la arquitectura renacentista de la Nueva España, las dos primeras casi coinciden cronológicamente con los mandatos de los grandes virreyes don Antonio de Mendoza (1535-1550) y don Luis de Velasco (1550-1564), y tanto es así, que si hubiera de buscarse nombres para esas modalidades del Renacimiento mexicano, sobre todo para la primera, que es la de mayor personalidad, ningunos cuadrarían mejor que los de esos dos virreyes, mientras ignoremos el de sus principales artistas. La tercera etapa comprende casi el último tercio del siglo, y corresponde a tres virreyes de escasa duración.

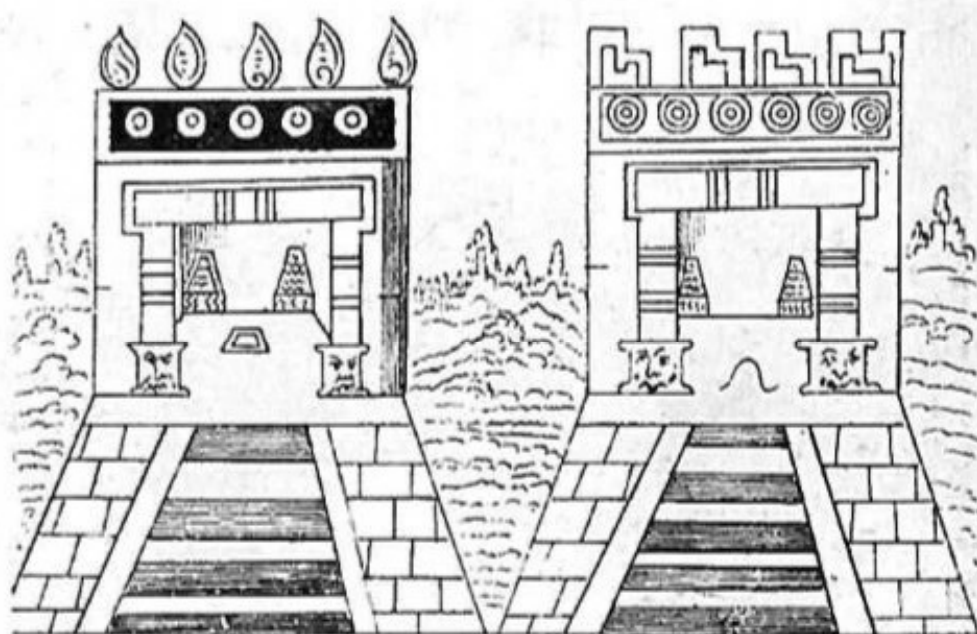


FIG. 154. — Capillas del templo mayor de México, según Durán.

El Renacimiento comienza a manifestarse en una serie de portadas en las que los motivos, y aun las estructuras góticas, se mezclan con las del «romano». A ella pertenecen la portada lateral de Xochimilco y los importantes conjuntos de Huejotzingo, Calpan, Tlahuelilpa, etc. (figuras 248, 249, 262, 435, 453). El empleo de los arcos lisos de sección semicircular salmantinos del claustro de San Agustín Acolman y su escuela (figs. 519 a 524), y el de la galería arquitrabada, al gusto toledano, del claustro de Huexotla (fig. 179), se introducen también en este momento. De factura con frecuencia un tanto tosca, y a veces con acusadas notas indígenas, corresponde el estilo de este grupo de monumentos a la etapa del Renacimiento peninsular anterior a 1530, en que, como al otro lado del Atlántico, la figura animada carece de importancia y el relieve es de escasa proyección. La inseguridad de la cronología de estos monumentos no permite responder de que se construyesen casi todos ellos con anterioridad a 1550; algunos deben de corresponder a los primeros años del virrey Velasco, pero parece indudable que se debe al período de don Antonio de Mendoza no sólo la difusión del templo fortificado, los atrios y las capillas de indios, sino

también la introducción y formación de este estilo. Uno de los principales conjuntos, el convento de Calpan, se considera de 1548, y en las posas de Huejotzingo se lee la fecha de 1556, año en que termina el mandato del primer virrey.

En 1560 se labraba la obra maestra de la etapa siguiente, la del plateresco pleno, espléndido, depurado de formas góticas y car-

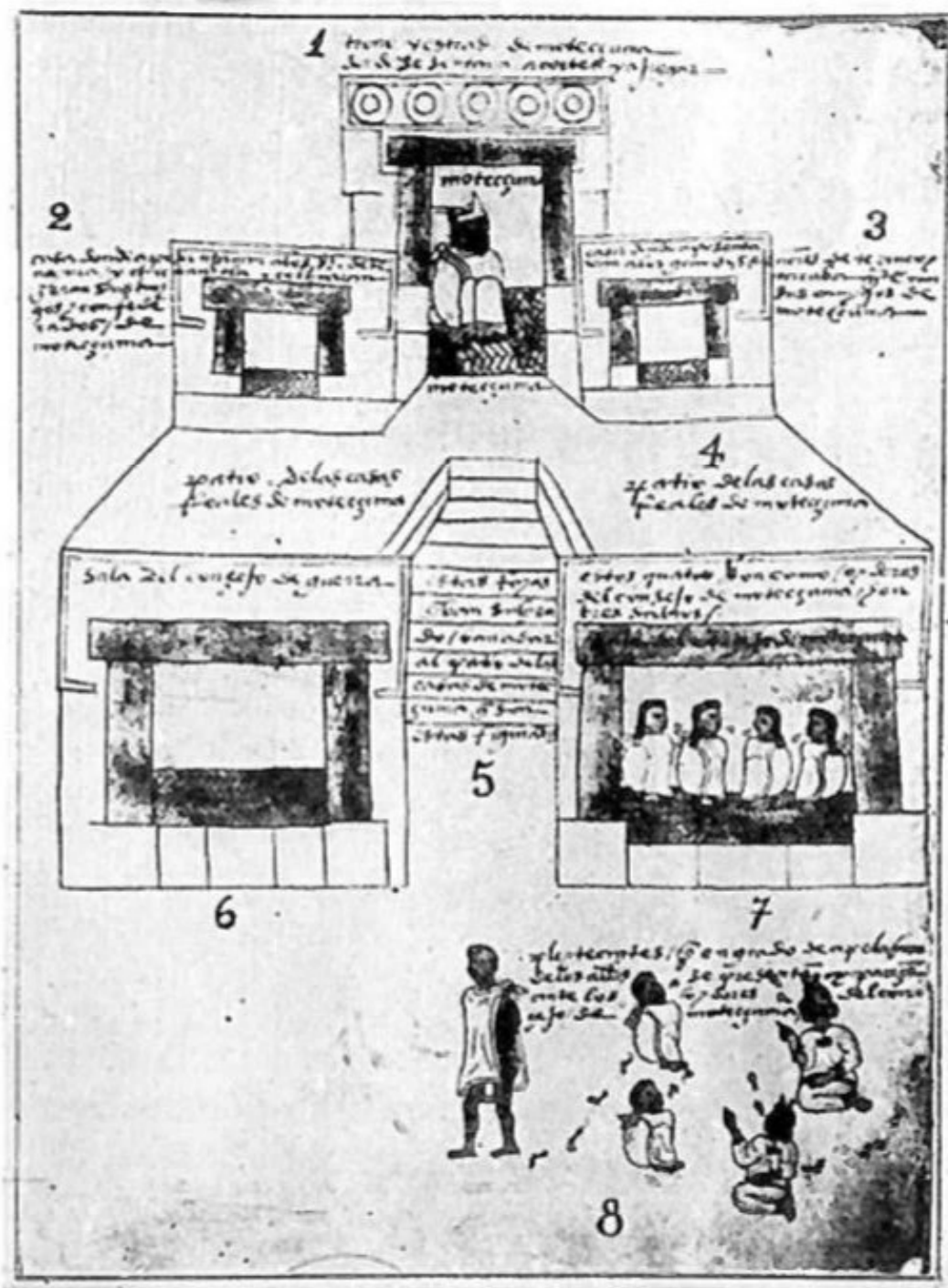


FIG. 155. — Palacio de Moctezuma. Del Códice Mendoza.

gado de barroquismo. Es el plateresco que vive en la Península en el segundo tercio del siglo y que culmina en México en monumentos tan importantes como las portadas de Acolman (1560), Yuririapúndaro (1556) o Cuitzeo (figs. 469, 472, 479). Sin perjuicio de la escuela del maestro de Tzintzuntzan, cuyo estilo no parece tener precedentes inmediatos en la Península, el conjunto de estas portadas, no obstante su riqueza, no llega a formar una escuela tan definida como la del período del virrey Mendoza. Quizá lo más destacado en este sentido sea la composición impuesta por el autor de la de Acolman a un valioso grupo de portadas de templos de agustinos.

El comienzo de las catedrales, que coincide con el del Escorial, abre la tercera etapa. Precisamente en el mismo año de 1563 se colocaron las primeras piedras del monasterio peninsular y de la catedral de México. Un año después moría don Luis de Velasco. Todavía antes de terminar la séptima década del siglo, en 1566, se labró la espléndida portada plateresca de Yuririapúndaro, pero la fiebre decorativa iniciaba un descenso y empezaba a ponerse de moda la sobriedad de Juan de Toledo. A pesar de las bóvedas góticas de las catedrales de México y Guadalajara, y de que los soportes puedan haberse concebido primitivamente con arreglo a la solución plateresca de Siloé, es indudable que la riqueza del capitel corintio de éste fue reemplazada por la simplicidad del dórico y las múltiples molduras de su pedestal por un sencillo plinto, dispuesto, como en el monasterio escurialense, directamente sobre el pavimento. La de Puebla se pensó con cuatro torres a semejanza de la de Valladolid trazada por Juan de Herrera; las puertas más antiguas de la de México son de sobriedad extraordinaria, y con pirámides herre- rianas se coronó aquélla y se proyectó que rematase ésta. En la

media naranja de la de Mérida se emplearon casetones como en la Casa Profesa de Sevilla, y esos casetones sirvieron por último para cubrir las bóvedas de las naves principal y de crucero. No ofrece, pues, duda que las catedrales mexicanas son hijas de la reacción contra el plateresco que culmina en el estilo de Herrera (figs. 557, 569 y 584).

Como es lógico, esa reacción contra las fantasías decorativas cuatrocentistas dejó sentir también su influencia en las portadas de las iglesias conventuales. En la espléndida de Actopan (lám. X) se convierte el casetón con su limpio claroscuro en el principal tema decorativo, en Coixtlahuaca (1576) (figs. 498 a 502) se multiplican las hornacinas hasta formar una cuadrícula, salpicada todavía con un sinnúmero de florones, y tanto en la región de Oaxaca como en la meseta se pone de moda el decorar basas, arcos y paramentos por medio de sencillos casetones, a veces de escasísima profundidad. En los últimos años del siglo, el gusto herreriano se hace aún más sensible. El Renacimiento en la Nueva España, lo mismo que en la Península, termina así con el triunfo de un tardío estilo bramantesco mezclado con fórmulas del bajo Renacimiento sobre las exuberancias decorativas



FIG. 156. — Casa habitación.  
Del Códice Florentino.